

# CERTIDUMBRES DE ARENA: LA GLOBALIZACIÓN Y SUS MÚLTIPLES FANTASMAS

**Franco Gamboa Rocabado**

Yale University - Pontificia Universidad Católica de Chile

**Resumen.-** En este artículo se afirma que la globalización representa una radicalización de la modernidad y por lo tanto, no es posible escapar de ella; sin embargo, dicha radicalización profundizó las contradicciones y los conflictos internacionales, destacándose especialmente la pobreza como un fenómeno global, y la guerra contra el terrorismo que va destruyendo medio siglo de lucha a favor de los derechos humanos; al mismo tiempo, hoy en día tampoco es posible ninguna certidumbre teórica, pues la realidad va superando y echando abajo los enfoques tradicionales para entender el estado actual del sistema internacional.

**Palabras clave.-** *globalización, pobreza, derechos humanos, conflictos del desarrollo, Estados Unidos, guerra contra el terrorismo.*

**Abstract.-** This article asserts that globalization represents a radicalization of modernity; as a result, it is impossible to escape from it. However, such a radicalization is deepening old contradictions and international conflicts, especially regarding the raise of poverty as a global phenomenon and the war on terror that is destroying half a century of struggle favoring human rights. Simultaneously, nowadays neither is possible to uphold any theoretical certainty because reality is crashing and throwing away traditional approaches to understand the current status about the international system.

**Key words.-** *globalization, poverty, human rights, development conflicts, United States, war on terror.*

## Introducción

Construir castillos de arena puede parecer una tarea sencilla e incluso un juego de niños. Indudablemente, no es lo mismo que construir castillos en el aire, común expresión que se refiere, más bien, a cualquier hecho irrealizable por lo absurdo de la propuesta o, simplemente, por la enorme carga de fantasía que destruye toda conexión con la realidad. Justamente, este dilema entre el aire y la arena es una de las discusiones académicas en diferentes universidades alrededor del mundo sobre la globalización, el sistema económico mundial y la modernidad.

Uno de los autores más estudiados y discutidos es el sociólogo inglés Anthony Giddens, quien considera que la globalización implica una radicalización de la modernidad en el último cuarto del siglo XX<sup>1</sup>. Asimismo, la modernidad en el siglo XXI se convierte en un fenómeno global, es decir, universal y absoluto. ¿Qué significa este azote implacable de tal radicalización? No otra cosa sino la expansión gigantesca del sistema capitalista – que definitivamente no tiene otro sistema competidor – donde todo gira en torno de la producción e intercambio de mercancías, donde la vida se reduce al anonimato de las grandes metrópolis que homogeneiza las conductas y el conocimiento científico es un subsidiario más de los procesos económicos.

La vieja sociedad tradicional y agraria construida sobre patrones culturales rígidos en los que prevalecían la familia extendida o las costumbres ancestrales, se disuelve en un mundo moderno donde predomina el racionalismo, las experiencias desordenadas de un erotismo transgresor e individualista, y en el que prolifera la duda frente a toda creencia religiosa. Finalmente, la modernidad se convierte en un espantoso crisol de contradicciones secantes entre pobres y ricos, junto a los espectáculos televisivos y la industria cultural del cine que nos hace creer en maravillas imaginarias.

Surge así la pregunta que excita a innumerables izquierdistas y otros deudos del movimiento anti-globalización: ¿existe alguna alternativa frente a la modernidad, la globalización, o una salida para escapar del capitalismo esquizofrénico al que se referían Gilles Deleuze y Felix Guattari? La respuesta es un lamentable y rotundo No. ¿Por qué, entonces, aparece tanto aspaviento para ir contra la corriente denunciando la inhumanidad del liberalismo económico, denostando al mercado por su obsesión con la acumulación de riquezas, y a qué se debe el resurgimiento de ideas relacionadas con la revolución socialista o un supuesto regreso a sociedades indígenas donde se exalta al *Popol Vuh* y, en otros casos, el pasado incaico? ¿Cómo entender los alcances e implicaciones de la globalización?

Este ensayo analiza, aunque nos devoren los arranques de nihilismo, las diferentes facetas de la globalización que se transformó en una pesadilla refrigerada donde todos sucumbimos como palomas enajenadas. Asimismo, se identifican temáticas que no han sido lo suficientemente discutidas desde lo que podría denominarse, una teoría de las relaciones internacionales.

Como todo fenómeno masivo, la globalización que radicaliza la modernidad ha creado también un atractivo enfermizo, pues la bonanza económica, el hipnotismo del éxito material, el consumo ilimitado que satisface cualquier deseo y los beneficios de la tecnología, son vistos como aspiraciones al alcance de la mano. Hoy día, críticos, rebeldes y liberales quieren ver que los resultados de la modernidad deleiten a todos, así sea para consolar por un momento las insalvables distancias que se han creado entre los países industrializados y el resto de naciones pobres o de mediano desarrollo.

Intelectuales de la nueva izquierda post-moderna como Michael Hardt y Antonio Negri,

---

<sup>1</sup> (1993) Giddens, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza Editorial, pp. 15-50.

entre sus penetrantes críticas al capitalismo post-industrial del famoso ensayo *Imperio*, reconocen que no existe un *afuera* de la modernidad<sup>2</sup>. Por lo tanto, el mundo de hoy está hecho de múltiples variaciones de la modernidad. La modernidad global es el resultado de su permanente enfrentamiento y conflicto con espacios pre-modernos alrededor del mundo. Los miles de espacios donde lo tradicional todavía pervive en muchos países pobres, se mezclan permanentemente con la modernidad que da lugar a fenómenos culturales híbridos, los cuales van reproduciendo, sin cesar, diferentes versiones de dicha modernidad.

El impresionante tropel de críticas a la globalización es un conjunto de esfuerzos por comprender nuestra situación contemporánea pero, al mismo tiempo, solamente son juegos intelectuales bien remunerados en la academia internacional, sobre todo estadounidense. Todas las denuncias en contra del mercado global se convierten rápidamente en impresionantes edificaciones de arena, obras de arte magnificentes como las ballenas, barcos y esculturas que dejan boquiabiertos a los turistas en las playas de Sydney o California.

¿Significan los esfuerzos por superar las consecuencias perversas de la globalización una mentira o pérdida de tiempo? De ninguna manera, simplemente que todas las condenas hacia la modernidad y el poder del mercado mundial representan certidumbres hechas de arena, castillos en los que nadie habita, agradables a la vista, reales para el tacto, estimulantes del deseo pero a su vez tan ilusorios que nadie es capaz de imaginarse viviendo más allá de la modernidad o el mercado.

### **La contramodernidad romántica: el movimiento anti-globalización**

*Romper con el statu quo y propagar la pólvora del desacuerdo.* Así se daba a conocer el movimiento anti-globalización a través de cientos de pancartas durante su primera protesta en Seattle, afuera de los lujosos salones de la Organización Mundial del Comercio. Entonces era el 30 de noviembre de 1999 cuando cerca de sesenta mil activistas bloquearon la celebración de importantes acuerdos económicos, declarando abiertamente la necesidad de limitar el poder de instituciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y como no, el Departamento del Tesoro en Estados Unidos. Las protestas fueron creciendo, incorporando a la agenda de críticas en contra de las relaciones comerciales, la destrucción progresiva del medio ambiente.

Desde aquel momento, la agenda de viajes, marchas, boicots públicos o reuniones con grupos indígenas, trabajadores despedidos, universitarios y agrupaciones de homosexuales, es inagotable. De Washington DC a Chiapas, de Porto Alegre a Quebec, de Seattle a Roma, de Londres a Sudán, de Albania a Edimburgo, o de Sudáfrica a Copenhague.

---

<sup>2</sup> Cf. (2002) Hardt, Michael and Negri, Anthony. *Empire*, Cambridge: Harvard University Press, pp. 221-350.

De repente todo parece estar entretelado para revitalizar un nuevo enfoque revolucionario. Sin embargo, ¿cuáles son los contenidos ideológicos, si los hay, o el horizonte político de este movimiento? En el fondo nadie lo sabe. Algunos intelectuales que enaltecen las protestas han señalado que lo más importante es su capacidad de movilización sin la existencia obligatoria de un liderazgo único, fijo o autoridad formal. Pero cómo y quiénes, en el fondo, logran articular a tantos grupos y tan disímiles intereses en diferentes lugares del mundo al mismo tiempo.

La respuesta es sencilla. El núcleo son algunas universidades públicas norteamericanas como las de Massachusetts, Amherst, Michigan, Carolina del Norte en Chapel Hill, Oregon y Berkeley, y dentro de ellas, los departamentos de estudios culturales, relaciones internacionales, sociología, estudios gay y medio ambiente. También figuran organizaciones no gubernamentales ecologistas de Europa central y activistas para la protección de los derechos humanos. Es decir, un grupo perteneciente a profesionales de clase media, sobre todo blancos y de habla inglesa, por supuesto. Las universidades públicas de Europa se están sumando rápidamente, aunque con múltiples contradicciones, al tratar imitar el estilo académico de los Estados Unidos, ejercer una crítica socio-política y mantener difíciles equilibrios entre los valores democráticos y la expulsión de migrantes africanos o latinoamericanos, todos pobres.

Estos *protestantes post-modernos* bien pueden ser conceptualizados como una contra-modernidad romántica en medio de la opulencia material en los Estados Unidos y otros países industrializados de Europa. Cuando uno habla con muchos de los universitarios involucrados, es muy notorio percibir su afán paternalista y anarquista. Quieren sembrar el caos, experimentar la pobreza en las calles de Washington DC, o invertir mucho tiempo en el diseño de páginas *web* para transmitir los mensajes que no son ni de clase, género o indigenistas, pero sí profundamente etnocentristas. Para entablar contacto con cualquier organización anti-global es imprescindible hablar inglés, haber leído algún texto neo-marxista de Frederic Jameson, discursos de Ghandi o Thoreau, estar familiarizado con las regulaciones sobre embriones congelados y las políticas macroeconómicas del FMI. De lo contrario, olvídense de recibir un poco de atención. Es gente muy ocupada como para preocuparse por tolerar y ponerse en el lugar de una cultura diferente a la del primer mundo moderno.

El movimiento anti-globalización no ha sido estudiado con detenimiento por la teoría de las relaciones internacionales que sigue víctima de las viejas estrategias de polarización entre liberales, realistas, estructuralistas y culturalistas, cuando los conflictos en torno a la globalización plantean el uso de enfoques multidisciplinares, y una aproximación al pensamiento crítico para ordenar las explosiones multifacéticas de resistencia y propuestas alternativas a los procesos globales de integración económica o política.

Los vínculos más fuertes del movimiento anti-globalización son, naturalmente, con Europa occidental. Es más efectivo tener contactos en Viena, Munich, Londres y París, que soportar la impuntualidad latinoamericana. La nueva izquierda protestante se



atiborra con lecturas difíciles de digerir sobre post-modernidad y las tasas de intercambio para comprender los mercados financieros. Claro, sólo así se puede atacar al vergonzoso ogro del libre mercado.

El movimiento anti-globalización es otra expresión de la sociedad moderna. Si bien defienden el perdón de la deuda externa para los países pobres de África y América Latina, sus prioridades se inclinan por reconstruir un Estado Benefactor que permita redistribuir las comodidades y el consumo material. Así como se estrellan contra el Departamento del Tesoro, también aclaran que no están de acuerdo con abrir las fronteras de los Estados Unidos para permitir el ingreso de más latinoamericanos ilegales.

Asimismo, es posible pensar que los jóvenes universitarios que hoy protestan, después ganen notoriedad para ser candidatos en algún partido verde o disputen algún cargo en el Parlamento europeo. Los ecologistas y pacifistas de organizaciones no gubernamentales pueden dar su tiempo para organizar actividades anti-globalización, mientras conserven sus salarios, por lo menos de 35 mil dólares al año. En la medida en que el movimiento es demasiado amorfo y extremadamente heterogéneo, algunos han planteado que no estaría mal conversar con la Fundación Bill Gates para recibir fondos y sustentar más viajes globales. ¿Cómo financiar una vida honesta y sana en el mundo desarrollado de Europa y Estados Unidos, viviendo todo el tiempo de consignas anarquistas? Es imposible.

El movimiento anti-globalización no es una real alternativa de cambio, simplemente otra señal de insatisfacción proveniente de una generación de clase media que busca combatir el aburrimiento en medio de la riqueza del mundo desarrollado que lo ha conseguido todo, al menos desde el punto de vista material y tecnológico. No es el retorno de otra soñada revolución porque las revoluciones verdaderas nunca son soñadas. Sólo se sueña lo que se desea. Por esto, la realidad siempre es peor que los sueños. Y la realidad a veces se convierte en una pesadilla frente a lo cual hay muy poco por hacer.

### **La crisis de la Unión Europea y el fracaso de su integración política**

Las amenazas y resquebrajamientos a la globalización omnipotente, no surgen por el impacto destructivo de los movimientos internacionales de protesta, sino de los equívocos, conflictos y problemas irresueltos al interior de sus mismos núcleos de poder. Todas las rondas mundiales que los activistas anti-globalización gestan e impulsan, son reacciones que comienzan y terminan en las calles. Una lección más contundente e inesperada que afectó profundamente a la globalización fue el fracaso de la integración política al interior de la Unión Europea (UE).

Pensar en una serie de fenómenos que son irreversibles siempre nos llena la cabeza de pesimismo, temor y tristeza. Nadie puede volver a nacer, como tampoco cambiar los códigos genéticos más profundos de la herencia. Desandar el tiempo y arrepentirse

después de haber tomado una decisión política errónea es, sin lugar a dudas, una experiencia horrenda para cualquier político, sobre todo si se miran las consecuencias de las consultas populares como el referéndum llevado a cabo en Francia el 29 de mayo de 2005, donde 55% de los franceses rechazó la posibilidad de ratificar la flamante Constitución Europea, seguido de otro dictamen en los Países Bajos el primero de junio del mismo año, donde 60% también repitió otro contundente No.

Estos resultados representan un trauma históricamente crítico porque fue la primera vez que dos países fundadores de la UE se negaron a ampliar y proseguir con la integración política. Para los líderes franceses y holandeses, los referéndums son un hecho irreversible pero, al mismo tiempo, un posible error político que dio paso a la mayor incertidumbre sobre el futuro inmediato de la UE.

Nadie podía creer que el No previsto en las encuestas de los primeros tres meses de 2005, se hiciera realidad. Las primeras reacciones fueron de consternación para transitar después a la resignación e iniciar cambios inmediatos en la orientación de futuras consultas. ¿Dónde están las explicaciones que se oponen a una decisiva integración política?

Tanto Francia como los Países Bajos dejaron traslucir sus problemas internos en una consulta que buscaba el análisis y apoyo a la agenda exterior, a los desafíos de la globalización económica, política y cultural. Los altos índices de desempleo e insatisfacción con las condiciones de la economía sembraron tal bronca que todas las preocupaciones económicas, fantasmas y prejuicios se convirtieron en el rechazo unísono de mayores derechos políticos. Los franceses y holandeses le dijeron No a la Constitución Europea y, asimismo, a las principales políticas de Jaques Chirac, entonces presidente de Francia y del primer ministro holandés, Jan Peter Balkenende.

La Unión Europea quedó bastante debilitada con ambos referéndums, lo cual favoreció a las estrategias estadounidenses. Diversos editoriales en las páginas del *Wall Street Journal*, señalaron claramente que el desencanto con Chirac y Balkenende constituían un serio revés para proyectar una Europa más fuerte, además de mostrar cómo un mecanismo plenamente democrático llamado referéndum podía convertirse, a su vez, en la expresión de gobiernos centrales débiles y donde las aspiraciones de integración política continental carecían de una verdadera vocación para obtener hegemonía. Con el debilitamiento político de la Unión Europea, los Estados Unidos se revelaban, nuevamente, como la única potencia imperial, donde las consultas populares no existen pero sí una política exterior ambiciosa y militarmente efectiva. Francia y los Países Bajos fueron más democráticos al ejecutar sus referéndums pero, curiosamente, sus gobiernos se desgastaron y afectaron al resto de los países miembros de la UE; un resultado que nadie previó.

Las aflicciones con el desempleo y el estancamiento de los ingresos del ciudadano medio, alimentaron las preocupaciones nacionalistas, razón por la cual una constitución para expandir la UE era igual a una pérdida de identidad, a un desarraigo de las naciones francesa y holandesa, junto al quebranto de cierta unidad entendida como un

peligro que viene de afuera. Por otra parte, si bien el texto constitucional fue difundido ampliamente, muy pocos se atrevieron a leerlo en su conjunto. Hoy día, uno de los reclamos más importantes gira en torno a corregir el documento para hacerlo más legible, sencillo y corto; sin embargo, el golpe mortal que recibió la Unión Europea es quedarse a medio camino de convertirse en el primer experimento para construir un acuerdo político globalizador, capaz de integrar no solamente mercados sino también tradiciones y derechos civiles.

Para muchos europeos, la nueva Constitución representa una amenaza contra ciertas libertades que no se pueden reducir a un solo poder globalizador, por ejemplo, muchos homosexuales consideran que aprobar una Constitución Europea es construir un *Supra-Estado*, el cual interferiría con algunas políticas liberales como los matrimonios entre *gays* y la eutanasia, problemas que no son susceptibles de encasillarse dentro de una sola matriz paneuropea. A esto hay que agregar que las actitudes más xenófobas lograron frenar el avance de Turquía para integrar la lista de los veinticinco países de la EU porque los referéndums del No, obligan a que la comunidad europea haga un alto en el camino para priorizar las agendas de los países con problemas económicos y excesiva inmigración, lo cual acentúa el proteccionismo.

Francia y los Países Bajos ejemplifican cómo el nacionalismo puede exacerbarse y convertirse en un pretexto fácil para frenar muchas estrategias de globalización. Los referéndums construyeron un escudo muy difícil de romper, cuyos elementos son: desafección con el gobierno de turno; aumento de ciertos prejuicios donde se tiene miedo a que la Constitución Europea posibilite un viraje económico hacia una dirección anglosajona; preocupación por una más reducida influencia francesa y holandesa si se permite el ingreso de diez nuevos países; y, finalmente, una impugnación clara a que Turquía acelere su adscripción a la UE<sup>3</sup>.

Simultáneamente, los rechazos expresaron el fracaso político de llevar la Unión Europea más cerca de sus ciudadanos, más próxima al pueblo. De ahora en adelante, hay una gran incertidumbre sobre cómo responder a las futuras demandas políticas del ciudadano de a pie porque todo se transforma en múltiples dudas: ¿en el futuro deben someterse a consulta otros asuntos estratégicos de la Unión?, ¿vale la pena seguir adelante con otros países que ya ratificaron la constitución?, ¿las negativas francesa y holandesa han decidido también por otros?, ¿las tensiones entre los problemas internos de cualquier país y el compromiso con Europa, desembocarán siempre en la pérdida de capital político para la UE?

La Unión Europea está enfrentando su peor crisis política sin que medie movimiento anti-globalización alguno. Este conflicto, irónicamente, no fue causado por sabotajes islámicos ni amenazas terroristas, sino por dos de sus países fundadores. Justamente, estos dilemas fueron también el eje de la reunión de los veinticinco miembros el 16 de junio de 2005, momento en que Tony Blair, entonces Primer Ministro británico, asumió

---

<sup>3</sup> "Turkey and the European Union. Mountains still to climb"; May 14<sup>th</sup> 2005, from *The Economist* print edition, pp. 53-54.

la presidencia de la UE. Blair estuvo muy preocupado sin sugerir soluciones rápidas, atinando solamente a declarar desde Italia que “los resultados obligaban a un momento de reflexión”, y postergó la ejecución del referéndum británico para el año 2006 porque las encuestas adelantaban otra avalancha del No a la Constitución, resultado que podía costarle a Blair su cargo pues él apostaba por un Sí<sup>4</sup>. Hoy día, la Gran Bretaña suspendió indefinidamente cualquier referéndum sobre la Constitución europea. Lo cierto es que después de lo ocurrido en Francia y los Países Bajos, ningún otro líder está dispuesto a ahondar más la crisis de integración política en la Unión Europea.

## La erupción global de la pobreza

El siglo XX fue caracterizado simplemente como un panteón horroroso. Dos guerras mundiales junto con el flemón ideológico de la Guerra Fría nos habían conducido a las catástrofes más indescritibles, para terminar después en mayores sacrificios humanos con un sin fin de conflagraciones interétnicas y la destrucción ecológica cuyos costos deben ser pagados absolutamente por todos: ricos y pobres. Hacia fines de los años ochenta, en vano fueron celebrados el ocaso de los totalitarismos, el fin del imperio soviético y una supuesta erupción global de la democracia, porque la llegada del siglo XXI arrinconaría toda ilusión frente al incremento tenaz de la pobreza y desigualdad a escala universal.

Todos los organismos financieros internacionales, con diferencias de matices y metodológicas, han publicado cientos de estudios donde se comprueba que la pobreza está aumentando aún a pesar del crecimiento económico que, sobre todo, continúa floreciendo en las potencias industrializadas. Tanto el Banco Mundial, el FMI, como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y las Naciones Unidas, reconocen que este siglo XXI representa una época de mayor desigualdad económica y donde los montos para ayudar a los países pobres se están reduciendo progresivamente o, según el caso, están sujetos a rígidas condiciones que también han incrementado la dependencia política.

Hoy día, casi ningún país del mundo puede sentirse orgulloso por su nivel de desarrollo. La teoría de las relaciones internacionales, en realidad nunca reflexionó sobre los impactos de la pobreza como un problema estructural global y de seguridad para la estabilidad de cualquier país. En Estados Unidos, únicamente el 1% más rico de las familias americanas recibió increíblemente 60% de los beneficios provenientes del crecimiento económico entre 1977 y 1990. De acuerdo con Kwan S. Kim, profesor del Instituto Kellogg de la Universidad de Notre Dame, sólo 660.000 familias tienen un ingreso líquido de 315.000 dólares anuales después de pagar impuestos, mientras que una familia de clase media sólo alcanza a ganar, en promedio, 34.000 dólares anuales. Estas cifras, que mezclan bonanza y profundas contradicciones, chocan con América Latina donde existen 150 millones de pobres que deben subsistir con menos de un

---

<sup>4</sup> Cf. Una serie de informes especiales: [www.bbc.co.uk](http://www.bbc.co.uk), disponible.



dólar al día<sup>5</sup>.

Las diferencias crecen sin importar cuán rica o pobre sea una sociedad, pues en el mundo de hoy la desigualdad se expandió como una epidemia incontrolable. El 20% más pobre en los Estados Unidos vio declinar sus ingresos en 9% entre 1977 y 1990. De acuerdo con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) – cuyo informe para 1999 está dedicado a las razones y estructura de la desigualdad – el 1% más rico en América Latina aumentó sus ingresos de 40.711 dólares anuales en 1970 a 66.363 en 1995, mientras que el 1% más pobre solamente vio crecer sus ingresos de 112 a 159 dólares en el mismo período<sup>6</sup>. Estas tendencias se mantienen en el siglo XXI porque el sistema financiero global está sometido a turbulencias y ciclos conflictivos constantes, los cuales evitan sostener políticas de largo plazo para la *erradicación de la pobreza*, que nunca es una prioridad.

La erupción global de masas pobres también causa estupor al observar a las ex repúblicas soviéticas cuyos niveles de vida y seguridad han decaído estrepitosamente. Según Joseph Stiglitz, ex vicepresidente del Banco Mundial, el ejemplo más abrumador es Rusia donde la pobreza, que llegaba tan solo al 2% de su población en 1989, escaló después hasta el 50%, una vez ejecutado el paquete de reformas estructurales bajo el patrocinio de la Agencia Estadounidense de Cooperación para el Desarrollo (USAID). La transición del socialismo hacia las democracias de mercado en los países del antiguo bloque comunista representa un desengaño, tal vez más doloroso que la persistente hambruna y desnutrición en el África Sub-Sahariana<sup>7</sup>.

¿Dónde está la falla? ¿Por qué no se puede superar la pobreza cuando existen los recursos económicos y tecnológicos para responder a las mayores deficiencias? Entre las respuestas, es interesante analizar aquellas que figuraban en la revista británica *The Economist*, cuyo número del 16 de junio de 2001 estuvo dedicado al análisis de cómo los ricos consideran a la desigualdad. Las respuestas a una encuesta son contundentes y entristecedoras porque los más acaudalados de este mundo, vivan en las naciones adelantadas o en algún barrio protegido de los países subdesarrollados, no están dispuestos a renunciar, ni a sus privilegios para ceder algo en beneficio de aquellos que sufren carestías, ni tampoco se preguntan cuál será el destino de la humanidad si continúan los insoportables índices de pobreza mundial.

*The Economist* señala que las principales preocupaciones para los millonarios giran en torno a: demasiado énfasis en cosas materiales (60%), ingenuidad acerca del valor y la facilidad con que tienen acceso al dinero (56%), la riqueza arruina la iniciativa de sus hijos (45%), y temor al fracaso (18%). Nadie se interesa por el ahondamiento de las brechas entre pobres y ricos pero sí por mayor egoísmo y envanecimiento, a través del

---

<sup>5</sup> Cf. (1995) Stallings, Barbara (ed.). *Global change, regional response. The new international context of development*, New York: Cambridge University Press, pp. 33-196.

<sup>6</sup> (1999) Banco Interamericano de Desarrollo. *América Latina frente a la desigualdad. Informe sobre el Desarrollo Económico y Social en América Latina y el Caribe 1998-1999*, Washington D.C., BID, pp. 9-35.

<sup>7</sup> (2002) Stiglitz, Joseph E. *El malestar en la globalización*, Madrid: Taurus, 348p.

cual se mira a los pobres como *perdedores*. El siglo XXI nos lleva de la mano hacia polarizaciones más pronunciadas y, posiblemente, hacia una mayor exclusión pues la actual globalización está caracterizada por una dramática nueva identidad: mayor acumulación para los ricos y consolidación de oligarquías competitivas que no dudarán un segundo en sacrificar a los pobres, inclusive a costa de violencia y quebranto.

### **Alucinaciones sobre terrorismo y pobreza: la Cumbre G-8 en Edimburgo**

Una vez concluida la cumbre de las naciones más ricas del planeta el ocho de julio de 2005, conocida como Cumbre del Grupo de los ocho (G-8), el panorama sobre las condiciones de la pobreza en el África, la precaria situación del medio ambiente a escala mundial y el aumento de los volúmenes de recursos económicos para hacer de este mundo un lugar más justo, continúa siendo un horizonte sombrío y atravesado por el luto. Casi al finalizar la reunión, el súbito ataque terrorista en tres estaciones del metro en Londres, acabó por congelar una clausura que tenía ribetes de celebración o, al menos, pretendía arrancar algunas sonrisas en Edimburgo, sede de la cumbre, donde se agotaron las medidas de seguridad para evitar terribles sorpresas y excesos de los activistas anti-globalización; sin embargo, todos, pesimistas y optimistas, quedaron desmoralizados al no saber si opinar sobre las conclusiones del G-8 o condenar los atentados. El horror había terminado con todo.

Los resultados fueron magros, pues Edimburgo no logró convencer a los Estados Unidos para que apoyara sin restricciones el Protocolo de Kyoto sobre la protección del medio ambiente, como tampoco se obtuvieron los recursos necesarios para el combate del Sida y la pobreza en el África, aún a pesar de las enormes campañas de famosos cantantes de rock como Bono, vocalista de la banda U2 que le dio un toque pintoresco pero millonario al unir música pop y asuntos políticos. Ventas, marketing y solidaridad, un abuso sutil cuando todos pueden aprovecharse de la pobreza.

Con o sin activismo de grandes estrellas, lo cierto es que nadie cuestionó lo suficiente el porqué las naciones más ricas han reducido su apoyo financiero para los pobres; casi de nada sirvieron las protestas de agencias internacionales de ayuda humanitaria como OXFAM del Reino Unido, cuya directora, Bárbara Stocking, testificaba cómo el dinero destinado a la asistencia para el desarrollo en este siglo XXI es la mitad de lo que fue veinte años atrás, mientras que los gastos que Inglaterra y Estados Unidos están realizando para la guerra en Irak, actualmente representan treinta veces más que los gastos de las Naciones Unidas para financiar proyectos de desarrollo en todo el mundo<sup>8</sup>.

Se pueden dar cifras aumentando ceros, multiplicando todo por dos, tres o cuatro veces, cifras astronómicas, contratos alucinantes de muchas firmas que tienen un negocio redondo en Bagdad o Kabul para la reconstrucción de países en llamas. De todos modos, esto no es lo importante, sino la actitud y visiones sobre los pobres y

---

<sup>8</sup> Ver los informes especiales: [www.bbc.co.uk](http://www.bbc.co.uk), disponible.

débiles que emanó del G-8 en Edimburgo, ya que los líderes más importantes como George W. Bush, Tony Blair, Jacques Jirac o Junichiro Koizumi de Japón, no cambiaron, en absoluto, la concepción verticalista, impositiva y conservadora que tienen para orientar el combate a la pobreza, el tratamiento de los enfermos de Sida, limitar las amenazas del calentamiento de la tierra o tender al logro de relaciones comerciales más equitativas con los países pobres.

Digámoslo a boca de jarro porque así lo exigen las circunstancias de desesperación: las metas del G-8 fijadas en Edimburgo el siete y ocho de julio de 2005, junto con las Metas del Milenio para el año 2015, no son más que las aspiraciones de un grupo de burócratas internacionales, sueños de pobretólogos que viven midiendo el dolor humano y expertos en la diplomacia del garrote y la zanahoria; es decir, un desfile de ideas donde no se sabe si las propuestas son alucinaciones, pesadillas o intenciones que verdaderamente nacen del corazón.

El gran error de los cenáculos más importantes del G-8 y otros eventos para analizar el desarrollo en el ámbito mundial, es dejar de lado a las organizaciones de los mismos pobres, si es que hay alguna, no contar con el compromiso previo y real de los gobiernos de diferentes países en desarrollo, no acercarse a las voluntades, los sueños y expectativas de carne y hueso de los humillados, pobres e impotentes que no hacen otra cosa sino mirar, desorientados, reuniones casi ininteligibles. Todo desemboca – por obra y gracia consciente de los más poderosos y los expertos en los problemas del desarrollo – en rutinas y lo que ya se sabe. Más de lo mismo: la perpetuación de la pobreza y desigualdad mundial en los términos del intercambio y en las condiciones de vida<sup>9</sup>. A este respecto, la teoría de las relaciones internacionales tampoco se ha preocupado por introducir nuevas estrategias para la cooperación, con el objetivo de reducir las aproximaciones militares a aquellos conflictos que no son susceptibles de ser vistos solamente con el lente de los problemas de seguridad y defensa.

El G-8 se ocupó de ocultar que hasta el año 2005, a duras penas, para la reconstrucción de Afganistán solamente se obtuvieron 2 billones de dólares de los 4,5 billones que debieron haberse desembolsado el año 2003. Y ahora surge la pregunta del millón: ¿deberían los Estados Unidos e Inglaterra duplicar sus contribuciones al desarrollo o invertir todavía más en su seguridad interna, en la defensa de sus propios ciudadanos, vulnerables e inseguros, para terminar de una vez con la guerra contra el terrorismo? ¿Estarían de acuerdo las clases trabajadoras, medias y acomodadas de los países ricos en que se les aumente los impuestos para destinar, después, un porcentaje mayor hacia el combate de la pobreza universal? ¿Cómo imaginar una estrategia global donde se ayude a que los pobres del planeta se ayuden también a sí mismos? Si se aumenta el dinero para el África, ¿cómo asegurar que gran parte del dinero no se desvíe hacia la compra de armas y la corrupción irresponsable de políticos, funcionarios de ONG's y aprovechadores de todo tipo? ¿Cómo entender qué es primero, si la guerra contra el terrorismo acaudillada por los Estados Unidos e

<sup>9</sup> Cf. (2000) McMichael, Philip. *Development and social change. A global perspective*, California: Pine Forge Press, p 89. (2000) Narayan Deepa et. al. *Voices of the poor. Can anyone hear us?*, Washington D.C.: Oxford University Press, The World Bank.

Inglaterra, o los compromisos para vencer al Sida, las enfermedades tropicales y la hambruna en Bangladesh, Mozambique, Malawi, Somalia y Etiopía?

El final de la Cumbre G-8, teñido de sangre por los atentados del siete de julio de 2005, podía cambiar drásticamente las prioridades de las Naciones Unidas, las Metas del Milenio y el combate a la pobreza mundial por dos dilemas: primero, porque la reacción de las naciones más poderosas y del Consejo de Seguridad de la ONU se podría orientar hacia una operación de escarmiento para castigar a los responsables de ataques terroristas. Al final de cuentas hay una guerra declarada. Segundo, es muy difícil aumentar mayores recursos para el África hasta no tener un nuevo mapa diplomático de Estados aliados y enemigos en la guerra contra el terrorismo, pues muchos países pobres profesan el fundamentalismo islámico. En esta disyuntiva, también están atrapados grandes segmentos del movimiento anti-globalización británico que, una vez más, es víctima de otra alucinación: apoyar una guerra global contra extremistas religiosos, verdaderos asesinos, o ser víctimas de su propio discurso radical de convivencia multicultural e igualitaria con los extremistas.

### **Las condiciones de América Latina**

El contexto latinoamericano tampoco está libre de espirales tumultuosas. La evolución del Producto Interno Bruto (PIB) per cápita en América Latina y el Caribe durante los últimos veinticinco años, muestra un crecimiento bastante lento con tendencias hacia el estancamiento. Sin duda, este indicador expresa las condiciones de deterioro, tanto de las economías latinoamericanas, como de las condiciones de vida. Si bien el PIB per cápita se incrementó en promedio de aproximadamente 2100 dólares americanos durante los años sesenta, a 4000 hacia finales de la década de los noventa, su tasa de crecimiento tiene fluctuaciones muy inestables con fuertes tendencias hacia las caídas<sup>10</sup>. En los últimos veinte años, esta tasa cayó de 6% hasta llegar a un crecimiento negativo de -2%; entretanto, el crecimiento poblacional latinoamericano es de 1,6% a finales de los noventa, aún a pesar de que la transición demográfica para la mayoría de los países del continente mostró buenos resultados pasando de altas tasas de natalidad a otras más bajas.

La masa demográfica crece a un ritmo mucho más acelerado que el PIB per cápita, cuyas limitaciones son incapaces de responder eficientemente a las demandas de una sociedad cuya estructura, además, muestra altas tasas de dependencia. Es decir, América Latina es un territorio con demasiados jóvenes y niños que todavía no pueden desenvolverse de manera autónoma en la población económicamente activa como productores de excedente, generando así ingresos apreciables para sus familias y el conjunto del PIB de la región.

Los datos proporcionados por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) son

---

<sup>10</sup> (2003) Rey de Marulanda, Nohra and Guzmán Julio. *Inequity, human development and social policy*, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington DC, pp. 14-28.



elocuentes cuando muestran las máximas caídas de la tasa de crecimiento del PIB per cápita a lo largo de los años ochenta. La crisis de la deuda externa en dicha época, las condiciones políticas inestables con la presencia de gobiernos dictatoriales y la resistencia masiva para poner en marcha los ajustes estructurales, impactaron de manera irreversible en las condiciones económicas y las capacidades competitivas de América Latina. A esto se suman las influencias internacionales de mercados más globalizados y exigentes que deterioran todavía más ciertas posibilidades competitivas para la región<sup>11</sup>.

Si se comparan las tasas de crecimiento del PIB con los indicadores del sudeste asiático, las brechas son enormes. Asia destacó por un despegue impresionante a comienzos de los años setenta, mientras que América Latina fue rezagándose. Estos problemas, sumados al déficit fiscal y a la magnitud de la deuda externa, señalan que el PIB per cápita de nuestra región tiene pocas probabilidades para un despegue inmediato y masivo. Finalmente, el PIB per cápita con un crecimiento lento o estancado provoca también un daño en las capacidades globales del capital humano de la región, pues los recursos humanos pobres, no calificados y subordinados al vaivén de permanentes crisis, están perpetuando la desigualdad y una terrible concentración de la riqueza.

La deuda externa tiene un comportamiento heterogéneo para los diferentes países de América Latina; sin embargo, la crisis de la deuda presentó sus picos más altos a comienzos de los ochenta donde su discusión y el análisis de políticas para solucionarla tuvieron gran popularidad. Actualmente, la deuda externa como porcentaje del PIB sigue siendo un elemento central para las economías de México, Argentina, Venezuela, Uruguay, Perú, Panamá, El Salvador, Nicaragua, Ecuador y Haití, cuyos montos pesan apreciablemente en un rango de 40 y 200% en relación con el PIB.

Lo interesante de este indicador radica en que las políticas impulsoras del endeudamiento desencadenaron mucha inestabilidad, corrupción, proyectos megalómanos y una serie de mitos, sin alcanzar aquellos grandes beneficios que inicialmente se pensaron. Además, la conciencia colectiva de muchos países incubó una actitud *anti-dependencia* en la que se ve a los acreedores como obstaculizadores y enemigos supremos para el desarrollo latinoamericano, promovándose una reivindicación de no pago o condonación total de la deuda.

Hoy día, el servicio de la deuda tiene diferente importancia según el país. Por ejemplo, los porcentajes de pago son importantes para Argentina, Honduras, México, Nicaragua, Panamá y Venezuela, mientras que las cifras son más inferiores para Costa Rica, Bolivia y Uruguay, lo cual no quiere decir que su consideración tienda a desaparecer en las discusiones sobre nuevas orientaciones del desarrollo. El servicio de la deuda es un indicador importante pero su negociación y re-compra en el Club de París es diferente de acuerdo con el país y los objetivos trazados por diferentes gobiernos.

---

<sup>11</sup> Cf. (2000) Banco Interamericano de Desarrollo. *Desarrollo más allá de la economía. Informe sobre el desarrollo económico y social en América Latina y el Caribe 2000-2001*, Washington D.C.: BID, pp. 1-39.

Un fenómeno similar sucede con la inflación que representó un problema crucial para Bolivia, Brasil, Nicaragua y Perú entre comienzos y finales de los años ochenta. La inflación impactó fuertemente en la profundización de la pobreza y en el descalabro del aparato productivo de dichas economías, sobre todo para Bolivia que llegó a una hiperinflación sólo comparable con situaciones de guerra. Empero, a finales de los noventa, si bien la inflación todavía fue de dos dígitos para una mayoría de los países de la región, su control por medio del establecimiento de bancos centrales independientes y políticas monetarias más flexibles, logró cierta estabilidad. De cualquier manera, tal estabilidad todavía tiene que ser reflexionada, sobre todo después de la quiebra en que cayó la economía Argentina el año 2001, pues a pesar de una baja inflación dicho país no logró márgenes de competitividad sólidos, todo lo contrario: alto déficit fiscal, desempleo y crecimiento económico negativo.

Otro elemento conflictivo respecto a la inflación señala que los esfuerzos para mantener sus tasas bajas han provocado un elevado desempleo, que en la conciencia colectiva latinoamericana provocaron una obsesión y desaliento permanentes, influyendo poderosamente en la estabilidad política y en la generación de movimientos sociales de protesta al interior de muchos países latinoamericanos.

El déficit fiscal en América Latina es crónico pues los balances fiscales promedio para los últimos veinte años siempre mostraron cifras negativas, con excepción de Chile. Nunca se logró superávit alguno y las condiciones políticas de muchos gobiernos se han orientado hacia el exceso, gastando más de lo que sus posibilidades lo permitían. En muchos países, el Estado sigue siendo considerado como la fuente central de empleo, el origen del clientelismo, *patrimonialismo* secante y corrupción, lo cual hace que el déficit fiscal sea una preocupación fundamental para repensar constantemente la reactivación de un patrón productivo más competitivo y la reforma del Estado en términos más estrictos<sup>12</sup>.

Como contraparte al déficit fiscal, el gasto social fluctuó entre 12 y 15% del PIB. Mostró ligeras mejoras a comienzos de los años noventa y volvió a decaer hacia finales de la misma década pero, en general, el gasto social latinoamericano promedio nunca superó el 15% según el tamaño de cada economía. La seguridad social destaca como el área de mayor inversión por encima de la educación y la salud. Lo importante para reflexionar está relacionado con la *calidad efectiva* de dicho gasto, la sostenibilidad en el largo plazo para una serie de proyectos sociales, así como su efectivo impacto que permita a los grupos llamados vulnerables escapar de la pobreza.

En países como Chile, donde el gasto social es importante y visto favorablemente por la sociedad civil, es claro encontrar que frente a las redes de protección social, se levanta también una enorme concentración del ingreso. Chile invierte más en los pobres, pero beneficia a los ricos porque la desigualdad en el ingreso es determinante como en cualquier otro país de América Latina.

---

<sup>12</sup> Cf. Banco Interamericano de Desarrollo. *Desarrollo más allá de la economía...*, ob. cit., p. 98.

Aún cuando el gasto social en proporción al PIB no es insignificante en Latinoamérica, llama la atención su tendencia a una reducción hacia finales de los noventa. Sin lugar a dudas, es aquí donde las posibilidades de la gerencia eficaz para resultados en el desarrollo pueden influir poderosamente para optimizar dicho gasto, sostenerlo en el tiempo y vincularlo con otras políticas de larga duración donde se dé prioridad a grupos víctimas de la miseria, fomentando visiones igualitarias y combatiendo las amenazas de corrupción<sup>13</sup>.

La escolarización muestra indudables aumentos, llegando a tasas netas de escolarización primaria entre 80 y 100%. De igual manera se registran mejoras apreciables en el acceso a la educación secundaria; sin embargo, los problemas centrales giran nuevamente en torno de la calidad de tal educación, pues la mayoría de los países latinoamericanos todavía no desarrollaron estándares competitivos cuando se compara su desempeño educativo con los países del sudeste asiático y Europa del Este, por supuesto, América Latina está totalmente retrasada en relación con los países altamente industrializados. Como lo indican diversos estudios del BID y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el continente sufre altas tasas de abandono escolar, repetición y múltiples conflictos entre diferentes gobiernos y los sectores sindicalizados de maestros. Estos problemas contrarrestan los indicadores positivos de escolarización primaria y secundaria porque revelan obstáculos políticos, difíciles de superar con políticas solamente orientadas hacia el acceso a la educación<sup>14</sup>.

La mortalidad infantil es uno de los indicadores que se redujo substancialmente en los últimos treinta años. Esto parece indicar un logro fundamental para el desarrollo latinoamericano pero la situación de los niños abandonados, explotados en trabajos agotadores y la participación cada vez más ampliada de la niñez en el mercado laboral para contribuir a la economía familiar, es preocupante. Los problemas relacionados con el comercio sexual inescrupuloso y la posibilidad de ofrecer redes de protección para evitar que los niños dejen la escuela, o cómo fomentar un mejor rendimiento durante épocas importantes de su desarrollo humano, todavía son temas conflictivos en la agenda social de la región.

El acceso al agua potable para el continente latinoamericano señala un incremento apreciable. De todos modos, este logro todavía es un reto para países como Haití, Paraguay, Nicaragua, Bolivia y Ecuador que muestran porcentajes bajos en relación con otras naciones como Chile, Uruguay, México o Costa Rica. Demás está decir que

---

<sup>13</sup> Para un análisis más optimista sobre las posibilidades latinoamericanas, consultar: (2001) Grindle, Merilee. "Despite the odds: the political economy of social sector reform in Latin America"; John F. Kennedy School of Government, Harvard University, Faculty Research Working Papers, RW P01-021, January, pp. 3-25.

<sup>14</sup> Cf. (2000) CEPAL. *Panorama social de América Latina 2000-2001*, Santiago de Chile: CEPAL, pp. 10-50. (2001) Programa de Promoción de la Reforma Educativa en América Latina. *Quedándonos atrás. Informe sobre la educación en América Latina*, Washington D.C.: PREAL-Diálogo Interamericano, noviembre.

tener agua potable es un indicador de calidad de vida muy importante, sobre todo por su estrecha vinculación con los indicadores de salud; de cualquier manera, la obtención de agua potable fue, básicamente, un éxito en los ámbitos urbanos de América Latina, pues las áreas rurales todavía presentan serios riesgos en materia de aguas contaminadas e inseguridad frente a enfermedades transmisibles por falta de servicios de saneamiento.

La pobreza constituye, quizás, el elemento central para poner en marcha una serie de estereotipos en la mentalidad colectiva latinoamericana por dos razones: primero, para fomentar la llegada de diferentes organizaciones de cooperación internacional al desarrollo con el objetivo de captar fondos, lo cual muchas veces tiende a exagerar el porcentaje de pobres; segundo, porque el problema es susceptible de usos irresponsables en el terreno político para minusvalorar o sobreestimar la pobreza según los momentos electorales.

De cualquier forma, la pobreza muestra ligeras mejoras en los últimos veinticinco años con incrementos durante momentos críticos como las crisis de comienzos de los ochenta, mediados de los noventa y 2008 con la quiebra financiera en Estados Unidos. Su medición es motivo de confrontaciones metodológicas pero los indicadores parecen explicar que América Latina no alcanzó un progreso decisivo y digno de admiración, por ejemplo, comparado con China que, según informes del Banco Mundial, logró sacar a 200 millones de personas de la pobreza entre 1980 y 2002.

Cuando se habla del costo social traído por los ajustes estructurales, la pobreza aparece como el problema central provocando visiones radicales en contra de las reformas de mercado. La pobreza baja y sube según el desempeño más o menos exitoso de las políticas de mercado ejecutadas en la región. De todos modos, las políticas sociales son cada vez más exigentes para encarar la pobreza con mayor determinación. Al mismo tiempo, si bien la pobreza, en general, tiende a reducirse en el continente, la polarización entre las áreas urbanas y rurales no se redujo. La pobreza rural, que en distintos países afecta a muchas poblaciones indígenas y grupos étnicos sometidos a una fuerte discriminación racial, no tiene señales de mejoramiento.

Los indicadores sobre desigualdad y concentración de los ingresos son más impactantes que los porcentajes de hogares pobres o indigentes, pues señalan que América Latina es una zona, además de pobre, injusta y terriblemente desigual. El movimiento de la concentración del ingreso en pocas manos y el coeficiente de Gini que lo mide, muestra que las condiciones del continente no mejoraron entre 1970 y finales de 1990. En el mejor de los casos, las fluctuaciones mostraron una baja en el coeficiente de Gini a principios de los ochenta pero a comienzos del siglo XXI, la desigualdad volvió a las condiciones de la década de 1970. En muchos casos, los intentos de combate a la desigualdad fueron, por demás, nimios.

Según el *Informe de Desarrollo Económico Social 1998-1999, América Latina frente a la Desigualdad* elaborado por el BID, el impacto de la hiperinflación y los costos sociales del ajuste estructural a lo largo de los años ochenta, tuvieron un efecto mucho



más nocivo y prolongado en los hogares pobres que en los ricos. Éstos son capaces de centralizar a su favor la riqueza y los beneficios inmediatos de las reformas de mercado; en consecuencia, la cultura latinoamericana y el conjunto de engranajes institucionales del continente, están contruidos de tal manera que la desigualdad en el acceso a servicios, oportunidades de empleo y posibilidades de aumento de capacidades para el desarrollo humano, dan lugar a una región que no tiene a la justicia social como uno de los valores centrales en sus aspiraciones políticas.

La confianza de los ciudadanos latinoamericanos es bastante baja respecto de las instituciones públicas como la presidencia, el poder judicial, los partidos políticos, la policía y las fuerzas armadas. Esto se relaciona directamente con la crisis política de la democracia en todo el continente donde rebrotó el desaliento y mucha inestabilidad. Es posible que estos bajos niveles de confianza se conecten con la crisis de la misma política como visión de futuro para cualquier sociedad y como aquel horizonte donde puedan imaginarse utopías de cambio social para la construcción de un nuevo orden político. El *Latinobarómetro* y otras encuestas especializadas en cultura política, registran una recurrente crisis de legitimidad de los gobiernos democráticos; como consuelo de tontos, estos problemas también se reflejan en países altamente industrializados y en naciones ex comunistas, razón por la cual tal desengaño con las instituciones públicas tiende a ser un fenómeno a escala global<sup>15</sup>.

De cualquier manera, los problemas de deslegitimación de las democracias latinoamericanas son más peligrosos que en otras regiones porque la situación social de desigualdad, estancamiento económico y retraso con relación a otros países, hacen que la inestabilidad política tienda a desembocar en violencia y distorsiones despreciables como el uso de algunos cargos públicos para beneficio privado, desatándose la corrupción como un conflicto incontrolable.

La confianza de la población es más condescendiente con las instituciones sociales como la iglesia Católica y los medios de comunicación. Pero estas instituciones, en muchas ocasiones, tampoco son capaces de articular demandas sociales para introducirlas al sistema político hasta lograr políticas públicas que favorezcan a los grupos pobres, transformando las condiciones de desigualdad; las instituciones confiables sólo contribuyen como entidades de control social, vigilancia esporádica y crítica, sin mayor peso en la formulación de políticas, lo cual, posiblemente, tendría que cambiar hasta obtenerse un impacto más consistente para los grupos pobres, marginados de todo ámbito de decisión.

La falta de confianza en las instituciones influye negativamente sobre el desarrollo social. El fortalecimiento institucional y la construcción de confianza deben formar parte de cualquier estrategia de reforma. Las dimensiones culturales del desarrollo como las nociones de capital social, respaldan la necesidad de fortalecer las instituciones políticas y las posibilidades de asociación civil para estimular una sociedad más responsable y predispuesta a asumir retos en favor de diferentes acciones que

---

<sup>15</sup> Revisar una serie de encuestas periódicas sobre cultura política: [www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org)., disponible.

combinen beneficios colectivos e individuales.

De todos modos, una realidad también es evidente. La estabilidad macroeconómica es una condición necesaria para el crecimiento del PIB per cápita y a su vez, el crecimiento es una condición necesaria para reducir la pobreza. Por lo tanto, toda estrategia de alivio para ésta tendría que construirse sobre una plataforma de estabilidad y crecimiento; asimismo, diferentes estudios de instituciones financieras internacionales y de Naciones Unidas, muestran que la estabilidad macroeconómica favorece el crecimiento pues lo sucedido a finales de los setenta, y durante toda la década de los años ochenta, fue prácticamente lo contrario; es decir, sin la aplicación de algunos ajustes de mercado, soportamos la influencia de políticas macroeconómicas reproductoras de distorsiones que destruyeron o en muchos casos, frenaron drásticamente el crecimiento del PIB per cápita<sup>16</sup>.

Las crisis inflacionarias y el desorden fiscal que propagaron la excesiva deuda externa, así como un insostenible déficit a lo largo de los ochenta, constituyeron elementos que perjudicaron el crecimiento saludable de las capacidades productivas de muchos países. Los márgenes de estabilidad económica y crecimiento constante permiten reducir la incidencia de la pobreza y las brechas de ingresos; sin embargo, este ambiente de políticas macroeconómicas estables sin distorsión, son insuficientes porque muchos países tienen problemas institucionales y políticos que afectan profundamente a dicha estabilidad. La democracia y el papel de los partidos en la orientación del modelo económico son fundamentales, al mismo tiempo que las prácticas y actitudes al interior de cada institución pública representan una esfera donde deben cambiar una serie de visiones.

Por otro lado, independientemente de cómo se comporta el crecimiento del PIB per cápita, ciertos indicadores sociales han venido mejorando a través del tiempo. Ni el crecimiento del PIB, ni el crecimiento del gasto social parecen ser determinantes en ciertas dimensiones del desarrollo social; hay abundantes datos que apoyan esta consideración, pues América Latina no descuidó sus inversiones en el gasto social como para decir que los indicadores sociales están definitivamente perdidos, entonces, ¿qué explica nuestros rezagos? Hay otras influencias más profundas, entre las que se pueden destacar:

- a) El impacto de las variables políticas.
- b) La configuración de las instituciones públicas y privadas; cómo éstas se pueden reformar para influir efectivamente en la generación de una mayor igualdad, dándose prioridad al compromiso para derrotar la pobreza.
- c) La influencia de la conciencia colectiva, que no necesariamente acoge valores igualitarios con justicia social.
- d) La falta de una predisposición para enfrentar de manera global los cambios en diferentes ámbitos de las sociedades latinoamericanas.

---

<sup>16</sup> Cf. (1997) Londoño and Székely. "Pathways to growth: comparing East Asia to Latin America, IADB, Working Paper, Washington D.C., pp. 4-28.

América Latina es y ha sido la región del mundo con mayor desigualdad en su distribución de ingresos. Esta iniquidad influye negativamente sobre el desarrollo social. Por lo tanto, las estrategias de crecimiento y desarrollo deben enfrentar la desigualdad de manera comprometida y obligatoria; es muy probable que un ambiente donde exista la convicción para terminar con la desigualdad se relacione fuertemente con una transformación política de gran magnitud. En este terreno, el papel de la teoría de las relaciones internacionales y la política exterior han contribuido muy poco, sino nada, para cambiar las condiciones sociales y de pobreza en todo el continente.

Son los ámbitos del poder que podrán impactar notablemente en la reducción de las desigualdades y en una mejor distribución de la riqueza; aquí es central una discusión sobre las posibilidades que tiene la democracia en el continente para impulsar transformaciones políticas en beneficio de los pobres. Las élites de América Latina que se han beneficiado de manera secular, tendrán que orientarse hacia la equidad o de lo contrario, ser destruidas para dar paso a nuevos grupos que una vez en el poder, propulsen acciones de igualdad.

### **La locura como estado actual del desarrollo**

Siempre resulta estremecedor o fascinante saber qué se esconde detrás de la consciencia. Cómo se genera el pensamiento, tanto en lo que se refiere al proceso fisiológico que tiene lugar en las neuronas, como al estado de nuestra psicología. Qué significa el mundo racional y hasta dónde podemos decir que reaccionamos conforme a nuestra voluntad o de acuerdo con ocultos impulsos irracionales, secretamente agazapados en el fondo de aquella masa llena de surcos gelatinosos llamada cerebro.

Las interrogantes respecto del funcionamiento cerebral podrían incluso aplicarse a una serie de problemáticas sobre el desarrollo en países pobres. ¿En qué sentido? En que tanto el mundo neuro-cerebral como el del desarrollo económico y la prosperidad no responden a ninguna lógica o sentido exclusivamente lineal, sobre todo, el progreso o retroceso de las naciones hoy en día esconde tantas contradicciones que todo termina por volvernos locos. No hay nada racional y definitivo sobre el esfuerzo por alcanzar la modernización o niveles homogéneos en la estructura capitalista de los países subdesarrollados.

A este debate contribuye William Easterly<sup>17</sup>. Más allá de la molestia que sus ideas causaron en los sectores conservadores del Banco Mundial y FMI, es interesante apreciar que el crecimiento económico en países pobres, actualmente es una tarea misteriosa debido a la combinación entre irresponsabilidad política de muchos gobiernos, egoísmo extremo para satisfacer intereses estrechos y los tumbos

---

<sup>17</sup> Cf. (2001) Easterly, William. *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, Cambridge, MA: MIT Press, pp. 160-195. Asimismo, (2004) Vargas, Llosa, Mario. "El futuro incierto de América Latina"; *La Razón*, La Paz, 28 de noviembre, p. A-7. (1989) Arndt, H.W. *Economic development: the history of an idea*, Chicago: University of Chicago Press.

incomprensibles por donde fue rodando la asistencia para el desarrollo.

Easterly cita el caso de Pakistán que recibió cincuenta y ocho billones de dólares en ayuda para el desarrollo durante las últimas cuatro décadas por medio de veintidós préstamos gracias al ajuste estructural, destinando ocho billones para programas de asistencia social. Sin embargo, los resultados son totalmente escalofriantes, pues la pobreza no disminuyó, la discriminación hacia los grupos vulnerables pervive y las élites gobernantes demuestran tanto aprecio por el capital humano que sólo gastan dos dólares por persona en salud. En Estados Unidos, el mismo gasto per cápita llega, aproximadamente, a 200.

Entre 1960 y 1990, los préstamos del ajuste se incrementaron en 60% pero el crecimiento económico pakistani decayó hasta llegar casi a cero a comienzos del siglo XXI. Cómo explicar estas contradicciones, ¿será que todo el dinero se esfumó en corrupción? Es imposible que la corrupción, por sí sola, explique semejante fracaso, como tampoco la ineptitud de aquellos que se aprovechan del poder. Asimismo, está por demás demostrado que la gente común y los gobernantes en países subdesarrollados, sean corruptos u honestos, siempre tienden a *consumir los recursos externos* de la cooperación en lugar de fomentar los incentivos económicos para invertir y generar riqueza propia.

Lo que hoy presenciamos es el paso de un estado de conciencia sobre el desarrollo hacia otro donde imperan el sin-sentido y fuerzas ocultas. Debemos dejar de confiar en aquellos modelos que ofrecen una anatomía completa sobre la *consciencia recta* para alcanzar el crecimiento. No hay tal consciencia recta, solamente impulsos históricos cargados de azar y mezclados con acciones humanas que disparan hacia atrás y hacia delante.

También llegó la hora de poner límites a la ayuda internacional para los países pobres, a los préstamos indiscriminados, al conjunto de condiciones que van agobiando plazos y planes gubernamentales. De alguna forma, la cooperación internacional se convirtió en una droga que supuestamente ayudaba a visualizar una supra-consciencia que armaría la máquina del despegue económico. Dicha consciencia demuestra ahora ser ficticia.

¿Por qué no apuntar entonces hacia la locura? Dejar de esperar la llegada del nuevo préstamo y confiar solamente en aquello desconocido que nos obligaría a sobrevivir con nuestros pocos recursos, con nuestras propias fuerzas; finalmente, apoyarnos exclusivamente en nuestras intuiciones pues nadie sabe con certeza dónde está la clave del éxito económico. Por lo tanto, lo que podría parecer una locura; es decir, renunciar a la ayuda externa y a las condiciones del Banco Mundial o el FMI, de pronto es la llave para destapar otras formas de conciencia y lucidez. ¿Es realmente posible plantear una serie de locuras como ensayos para modelar otro tipo de desarrollo y atacar casos concretos de pobreza con el éxito esperado?

Esto exige repensar hacia dónde nos llevaría seguir recibiendo recursos fáciles del



alivio a la deuda con el que se benefician algunos países de América Latina y África. Tentemos aquello que está misteriosamente escondido en el lado oscuro de la voluntad para caminar sobre un horizonte que tal vez no sea desarrollo, sino simplemente la posibilidad de una nueva forma de existir y reaccionar frente a la pobreza y el atraso económico<sup>18</sup>.

### **¿Corrupción en Harvard?: asistencia al desarrollo y abuso del conocimiento**

El 21 de enero de 2000 se clausuró públicamente el Instituto para el Desarrollo Internacional de la Universidad de Harvard (Harvard Institute for International Development). Así se puso fin a treinta años de investigación económica y asesoramiento a más de cuarenta países en desarrollo. La clausura obedeció a dos motivos centrales. Primero, un juicio a Harvard seguido por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos por 120 millones de dólares, pues la universidad habría incurrido en una negligencia al no supervisar el trabajo de dos de sus asesores que están acusados de fraude, abuso de confianza y beneficio personal mientras controlaban la apertura del mercado de capitales y los procesos de privatización en Rusia. Segundo, el director del instituto, Jeffrey Sachs, dispuso de una enorme cantidad del subsidio con el que operaba la institución, y por el cual tenía responsabilidad fiduciaria, para iniciar consultorías privadas abriendo otro instituto. Ambos hechos ocasionaron serios daños económicos a Harvard y pusieron en duda la validez moral de su trabajo, así como el doble filo de los consejos sobre política económica que en gran medida están ligados a la manipulación del conocimiento según intereses personales.

La Universidad de Harvard es una de las más renombradas en los Estados Unidos y en el ámbito académico mundial. Asimismo, su instituto de estudios del desarrollo fue creado para ayudar imparcialmente a las economías pobres y contribuir a que éstas realicen reformas estructurales mejorando su desempeño económico. Desgraciadamente, este propósito fue desvirtuado porque el conocimiento generado por algunos profesores de Harvard se convirtió en fuente de poder para satisfacer beneficios personales, aprovechando las circunstancias del influyente asesoramiento internacional que tiene la universidad.

La actividad de Harvard es bien conocida en Bolivia a través del mismo Jeffrey Sachs que fue el más importante consejero externo durante la ejecución del Decreto Supremo 21060. Sachs saltó a la fama mundial después del éxito logrado por la estabilización económica en Bolivia a comienzos de 1986; desde entonces no ha cesado de asesorar a casi todos los países de América Latina y, como no, a los gobiernos de Europa del Este cuya tragedia política provocó también una crisis económica devastadora luego del fracaso comunista. En 1992 Sachs viajó personalmente a Moscú para instalar un nuevo equipo de asesores que, se suponía, ayudarían al gobierno ruso en su transición del régimen soviético hacia la economía de mercado.

---

<sup>18</sup> Un estudio que revela cómo los sociólogos del desarrollo solamente construyeron relaciones de poder y de dinero con el discurso de la pobreza, se encuentra en: (1994) Mires, Fernando. *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*, Caracas: Nueva Sociedad.

Así fue como Andrei Shleifer, ganador de un famoso premio sobre investigación económica y destacado profesor en Harvard, junto con Jonathan Hay, asesor legal de la misma universidad, montaron el proyecto estrella más importante de los Estados Unidos para influir y reestructurar la economía rusa en 1992. A finales de septiembre de este año, tanto Shleifer como Hay eran enjuiciados en la corte del distrito federal de Boston por conducta fraudulenta, mal uso de fondos públicos y por involucrarse en un conflicto de intereses mientras administraban el programa de ayuda entre 1992 y 1997<sup>19</sup>.

Los reportes sobre este escándalo, publicados por el *Wall Street Journal* entre febrero del 99 y octubre de 2000, muestran una extraña mezcla entre indicios de corrupción y argumentos técnicos sobre el éxito alcanzado por los asesores en materia de reformas económicas. Shleifer y Hay afirmaron que su trabajo fue un éxito rotundo: reescribieron todo el marco regulatorio ruso para instalar un mercado de capitales e iniciar la privatización, desarrollaron la red de contactos e información necesaria entre los inversionistas extranjeros y los sectores económicos considerados estratégicos; en suma, su tarea inauguró una verdadera nueva época para la economía rusa. Sin embargo, así como el éxito técnico podría ser incuestionable, también es sumamente criticable el hecho de que ambos asesores, viendo el éxito de las reformas, se beneficiaran personalmente invirtiendo en petróleo, bienes raíces, fondos privados de pensiones, comprando bonos del tesoro del Estado, invirtiendo en el mercado donde era negociada la deuda externa rusa, utilizando contactos políticos con funcionarios del gobierno y manipulando información para tener prioridad en sus inversiones más allá de la libre competencia que ellos pregonaban.

Es más, entre 1992 y 1997 el programa de Harvard había recibido del gobierno estadounidense, a través de su Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID), más de cuarenta y tres millones de dólares como subsidio que, según los términos de referencia, servían para otorgar *consejo imparcial y sin sesgos* durante todo el proceso de reestructuración. Por lo tanto, los asesores norteamericanos estaban terminantemente prohibidos de invertir. Contrariamente, Shleifer y Hay utilizaron el personal y las mismas oficinas de USAID en Rusia para poner en marcha sus inversiones; finalmente, las esposas de ambos profesores, Nancy Zimmerman y Elizabeth Hebert, inauguraron el primer fondo mutual en Rusia, manipulando también la competencia porque controlaban el marco legal y financiero a través de su empresa Bracebridge Capital, con lo que ya era imposible ocultar sus acciones frente a USAID y Harvard. Como consecuencia, en octubre de 2000 el *Forum Financial Group* inició otro juicio contra Shleifer, Hay y Harvard, esta vez en la corte federal del distrito de Maine, alegando que los asesores utilizaron su influencia en Rusia para monopolizar el mercado de fondos de pensiones, pagar sumas exorbitantes en beneficios y compensaciones, además de depositar el dinero de los ciudadanos rusos en bancos extranjeros para evadir impuestos y presionar al *Forum* a que venda sus acciones directamente a Jonathan Hay.

---

<sup>19</sup> Ver informes especiales en: [www.online.wsj.com](http://www.online.wsj.com), octubre, noviembre de 2000.

Estos hechos pueden ser catalogados como actos de corrupción, si entendemos a este fenómeno como aquel *beneficio extra-situacional* del que gozan ciertos individuos gracias a los privilegios que poseen en situaciones de poder e influencia. Si bien esta definición de corrupción está pensada para el ámbito político, es asimismo aplicable a aquellos casos donde el mismo conocimiento y experticia también representan otros factores de poder, sobre todo si adquieren un fuerte sesgo cuando dicho conocimiento es utilizado sin medir sus límites o asumir responsablemente las consecuencias negativas de su aplicación a situaciones prácticas. Shleifer y Hay no comprendieron que el conocimiento tiene límites, tanto éticos como epistemológicos, utilizando su saber como un arma para imponer sus propias ambiciones y beneficiarse a costa de otros, a los cuales decían aconsejar para mejorar la situación desventajosa en que se encontraban.

Tanto la Universidad de Harvard como el gobierno norteamericano, erróneamente pensaron que el conocimiento sobre herramientas micro y macroeconómicas transmitido por los asesores del desarrollo, iba a tener un valor agregado: la enseñanza de actitudes necesarias para enfrentar la economía de mercado, pues se suponía que los intelectuales entregarían también un conjunto de *valores* que asumieran la conciencia de libertades equitativas, competitividad e igualdad de oportunidades; es decir, el conocimiento de los reformadores debía convertirse en ideología capitalista, de la cual carecían los reformadores rusos.

Todo resultó al revés, los consejeros externos abusaron de su conocimiento y lo más probable es que no sólo hayan persuadido a los gobernantes rusos sobre la orientación de las reformas económicas, sino que también hayan impuesto sus puntos de vista técnicos, en la medida en que presentaron su conocimiento como superior, por lo tanto, susceptible de tomar ventaja para cosechar ganancias personales. Shleifer y Hay reaccionaron con un sentimiento de *creatividad destructiva* cuando vieron que podían controlar el diseño de las reformas, así como el marco normativo que les permitiera jugar su propia intervención frente al Estado ruso y a otros inversionistas extranjeros.

En las declaraciones públicas que ambos imputados hicieron a través de sus abogados, David Zornow y Earl Nemser, no negaron haber invertido y tener negocios en Rusia, por el contrario, afirmaron que podían combinar su trabajo de consultores en problemas del desarrollo y mercados globales con sus intereses personales sin atentar contra las leyes norteamericanas. Jamás dejaron abierta la posibilidad de gozar del beneficio de la duda sobre su actividad o reconocer un conflicto ético en sus labores profesionales.

Sin embargo, es posible que la Universidad de Harvard sí se haya percatado de estos problemas entre ética y conocimiento, razón por la cual cerró su instituto y suspendió las labores del director Jeffrey Sachs que, a su vez, había abierto otro Centro para el Desarrollo Internacional con fondos del mismo instituto para coordinar y ejecutar el caudal de consultorías privadas que llegó a tener. Si bien la universidad, extrañamente, avaló esta actividad, su responsabilidad financiera hizo que se vea en serios problemas

puesto que no podía justificar un gasto así, además de estar seriamente dañada por el proceso del Departamento de Justicia.

Finalmente el instituto fue cerrado, no porque el conjunto de reformas de economía de mercado haya resultado totalmente equivocado, sino porque se encontró con que todavía falta mucho por aprender sobre la ingeniería de una renovación moral. El caso de Harvard obliga a investigar dónde en el gobierno, el mercado, las instituciones académicas y en la misma actividad intelectual orientada hacia la contribución al desarrollo, descansa una peligrosa vulnerabilidad a la corrupción; en este caso, está claro que deben establecerse límites infranqueables entre el conocimiento científico, el asesoramiento técnico para intervenir en la realidad a través de diferentes políticas, y las tentaciones de utilizar tal conocimiento como un factor de poder que busca solamente beneficios individuales y posiciones parcializadas.

### **La reconstrucción del orgullo estadounidense como el rostro más inhumano de la globalización**

Pensar en la globalización ciertamente invita a un balance político de los conceptos elaborados en las ciencias sociales, andamiajes teóricos que muchas veces tienen el ánimo de confundir o demandar compromisos de acción, aunque sin calibrar los contextos socio-históricos que dan lugar a tales conceptos y a las decisiones políticas que luego se ejecutan desde diferentes ámbitos del poder.

En este sentido, es ineludible analizar las influencias y el impacto de la guerra contra el terrorismo declarada por los Estados Unidos; es decir, la Guerra Fría terminó inexorablemente, no con la destrucción del sistema socialista a escala mundial, sino con el atroz ataque en Nueva York el once de septiembre de 2001. Este hecho originó un efecto igualmente sanguinario: la *venganza* que alienta la desaparición de los derechos humanos.

Los escombros humeantes del *World Trade Center* desencadenaron un sentimiento vengativo de tal magnitud en los Estados Unidos que la invasión en Afganistán para cazar a Osama bin Laden y derrocar al régimen Talibán fue considerada como una respuesta *normal* contra los autores intelectuales de un terrorismo islámico sin contemplaciones. Después vino el asalto a Irak de Saddam Hussein, y ahora los medios de comunicación norteamericanos van preparando en forma muy sutil un terreno donde probablemente surgirán mayores intervenciones militares.

Si bien está claro que estas acciones no son, ni las de un imperio, ni las del imperialismo concebido por las teorías estalinistas, permanece irresuelto un problema: la situación de permanente vilo en que se encuentran los derechos humanos en cualquier sociedad, aún a pesar de toda revolución tecnológica y de la celebración de las maravillas de la modernidad.

La inestabilidad y el espanto, de pronto son un signo, no de dictaduras, totalitarismos,



*democracias delegativas* o Estados islámicos, sino un sudor frío de inseguridad en nuestros derechos más íntimos y básicos. Septiembre once y las reacciones militares que se anexan a él, han aumentado el miedo global y junto a éste, la intolerancia de unos con otros, sin importar credos religiosos o políticos. Hoy podemos vivir un infierno al mirar un atentado contra el vecino, o por medio del horror de la televisión que transmite en vivo escenarios de intolerancia, barbarie y lágrimas inhumanas. Frente a esto, no hay explicación imperial que aguante, sino el pulso de una humanidad que crece y crecerá como un árbol torcido.

La teoría de las relaciones internacionales ha fortalecido su *enfoque realista*; sin embargo, no explica de qué manera es posible retornar a situaciones de seguridad equilibrada, y a una paz duradera en términos negociados. Actualmente se habla de desestabilizar al gobierno de Irán, escarmentar a Siria por proteger familiares de Hussein y altos dirigentes del partido Ba'ath, reprimir a Corea del Norte por la reactivación de su programa nuclear y, cuando no, todavía es innegociable la guerra contra las drogas en el área andina latinoamericana. Una *cadena dantesca de agresiones* donde se evaporan los derechos humanos, vaho tenebroso que humea desde Bagdad, Basora, Karbala o Kabul pero que va dando forma una vez más, no a la reconstrucción de un mundo sin terrorismo extremista, sino al amor propio del nacionalismo estadounidense<sup>20</sup>.

Actualmente, en la agenda exterior estadounidense no está claro si se busca una estrategia de seguridad mundial o como lo ha señalado Scott Ritter, ex inspector de armas químicas en Irak, "la lógica de intervenciones puede obedecer a razones más políticas que reales"<sup>21</sup>, más prosaicas como la simple venganza para castigar a ciertos países, lo cual tiene un impacto directo en la destrucción de los derechos humanos como doctrina en el ámbito universal; en este sentido, las razones políticas no representan otra cosa que el prestigio presidencial de George W. Bush, Barak Obama y el sueño americano impregnado de heroísmo que se impone sobre los débiles. Esto no es imperialismo, sino un *misionarismo* con privilegios y una orientación *darwinista* de las relaciones internacionales donde hay naciones que, para algunos, simplemente deben ser extinguidas por su condición de inferiores a las exigencias de la modernidad dominada por los EEUU<sup>22</sup>.

En el mes de mayo de 2003, Scott Ritter cuestionó abiertamente la existencia verídica de armas químicas de alcance planetario. "No puedo afirmar tajantemente, dijo Ritter, que existían pruebas suficientes para ir a la guerra contra Irak porque las razones pueden ser más políticas que reales y, posiblemente también, Irak no representaba una amenaza a la seguridad mundial o a los Estados Unidos directamente"<sup>23</sup>. Esto molestó

---

<sup>20</sup> Cf. "Iran's nuclear ambitions. Now it gets sticky"; May 14th 2005, from *The Economist* print edition, pp. 47-52.

<sup>21</sup> Cf. Reportajes especiales de mayo de 2003, [www.washingtonpost.com](http://www.washingtonpost.com), disponible.

<sup>22</sup> Ver los análisis conservadores sobre políticas militares: (1992) Levite, Ariel E., Jentleson, Bruce W. and Berman Larry (ed.). *Foreign military intervention. The dynamics of protracted conflict*, New York: Columbia University Press.

<sup>23</sup> Cf. [www.nytimes.com](http://www.nytimes.com), 15 de mayo de 2003, disponible.

profundamente al ex Secretario de Estado Colin Powell, cuyo despacho inmediatamente difundió fotografías e informes sobre camiones encontrados en Bagdad que fueron considerados como laboratorios móviles para procesar armas químicas.

Lo cierto es que en Washington D.C. hoy día es perceptible un ambiente político de imprevisible intransigencia, pues las agendas militares presionan para llevar a cabo una política exterior, únicamente sobre la base de vendettas, inclusive a pesar de haber cambiado presidentes con la llegada expectante de Barak Obama. Esta táctica tiene dos aristas: por un lado está prevista una represalia económica con aquellos países, sobre todo europeos, que no apoyaron la guerra en Irak; y, por otra parte, se maneja la intervención militar directa con gobiernos juzgados como enemigos.

Los castigos económicos incluso pueden afectar las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Francia o Alemania. Sin embargo, gran parte de la opinión pública americana se inclina por reconstruir el orgullo estadounidense ante todo, mucho más si está de por medio la fuerza, recurso de intimidación pero al mismo tiempo, el verdadero poder de los Estados Unidos en el mundo. “La preservación de la democracia en el mundo libre depende estrechamente de cómo hagamos respetar a los Estados Unidos, dijo Tom Ridge, Secretario de Seguridad Antiterrorista, y para ello el combate por la fuerza es nuestra mejor arma, porque así nos lo demanda el carácter del enemigo”<sup>24</sup>.

El carácter del enemigo es la violencia del terrorismo islámico; sin embargo, la presión internacional de los Estados Unidos para otorgar inmunidad a sus soldados alrededor del mundo ante la Corte Penal Internacional, no es otra cosa sino la característica central de un gobierno americano que está destrozando cerca de un siglo de estrategias internacionales para favorecer un equilibrio pacífico entre modelos democráticos desarrollados, seguridad militar y derechos humanos por encima de cualquier particularismo.

La conciencia colectiva estadounidense sigue traumatizada con los hechos violentos del once de septiembre y con la supuesta justeza del desastre en Irak. El día de los veteranos de guerra y feriado nacional, 26 de mayo de 2003, las páginas del *New York Times*, *The Washington Post* y los principales canales de televisión americanos, mostraron homenajes, conciertos y discursos donde el panorama estuvo fuertemente impregnado de imágenes con humo, escombros, ánimos exaltados y un nacionalismo afincado con mucha agresividad latente.

El único propósito era mantener caliente al patriotismo e identificar los mínimos detalles para encontrar a los responsables del once de septiembre o desactivar una red internacional de terroristas. Sin embargo, después de dos campañas militares en Afganistán e Irak, permanecen las preguntas necesarias: ¿está el enemigo claramente identificado? ¿Qué significa haber declarado la guerra global contra el terrorismo? ¿Cuáles son las implicaciones de esta guerra para los países pobres y cuál será la

---

<sup>24</sup> Cf. [www.nytimes.com](http://www.nytimes.com), 24 de mayo de 2003, disponible.

reorientación pacífica de la política exterior en los Estados Unidos, preservando la doctrina de los derechos humanos como conquista de la modernidad?

## El estigma de los inferiores

Los estrategas de la Casa Blanca tratan de explicar que la guerra declarada por George W. Bush, y continuada por Obama, no es contra el mundo islámico, ni tampoco trata de destruir países paupérrimos como Irak o Afganistán. Aquí radica la gran ambigüedad, pues las críticas empiezan a cuestionar el enfoque estrictamente militar que se está empleando para resolver el problema. Como todavía no se clarificaron todos los detalles sobre el grupo terrorista responsable del once de septiembre, inclusive a pesar del derrocamiento Talibán y la guerra en Irak para desactivar, hasta ahora inexistentes recursos sofisticados de armas biológicas, la reacción política del Departamento de Estado no tiene otra opción que movilizar los sentimientos más chauvinistas, continuar las represalias y encontrar un blanco de tiro.

El eminente especialista en relaciones internacionales, Robert Keohane, afirmó que el uso de acciones militares no debería entenderse como *La Estrategia* por las consecuencias políticas a largo plazo. “Hablar de terrorismo con mayúsculas y declararle la guerra global podría ser un error también mayúsculo –explicó–, razón por la que debe coordinarse cuidadosamente el uso de la fuerza junto con negociaciones multilaterales y donde estén presentes las naciones islámicas”<sup>25</sup>.

Otros análisis sugieren que si se dejan las cosas como están, el *enemigo difuso* llamado terrorismo, fácilmente se puede identificar con una guerra cultural contra el mundo árabe, lo cual estaría desatando una confrontación entre Occidente y Oriente de fatales resultados. Es más, por detrás del orgullo americano se filtra peligrosamente un sentimiento cuyo carácter tiende a hacer ver que la identidad y las vidas estadounidenses son las únicas valiosas antes que cualquier otra, en cualquier otro país. ¿Cómo comprender que las vidas de los soldados estadounidenses y sus privilegios de inmunidad son *Lo Supremo* y las decisiones de otros países, casi nada?

El once de mayo de 2005, *The Washington Post* criticaba diciendo que “los Estados Unidos no tenían un plan racional para reconstruir Irak y tampoco nada estaba claro para preparar la era post-Saddam, aún a pesar de las elecciones en enero de 2005”. Este problema no es otro que el retorno del estigma de los inferiores. Es decir, el país derrotado por la victoria militar debe pagar los costos, no solamente humanos, sino aguantar una situación de inferioridad hasta que George W. Bush decida qué hacer y hasta qué punto reedificar Irak. Esta misma es la orientación en las vergonzosas torturas infligidas por los soldados estadounidenses a algunos iraquíes en la prisión de Abu Ghraib. Lamentablemente, son estas las visiones tendenciosas que los portavoces de la Casa Blanca están transmitiendo. No hay lugar para diferenciar entre el régimen Talibán, entendido como versión extrema del fundamentalismo islámico, el Jihad o

---

<sup>25</sup> Cf. [www.washingtonpost.com](http://www.washingtonpost.com), 12 de enero de 2004, disponible.

Guerra Santa como interpretación del Corán, y el resto de los países musulmanes como Irak que reivindican su tradición religiosa como fuente de poder e identidad cultural<sup>26</sup>.

Tampoco está claro cómo se va a manejar el problema hacia adelante, sobre todo para terminar con la guerra y desmovilizar el caos militar. ¿Desde el punto de vista de la justicia criminal o solamente como asunto militar? En caso de encontrarse a bin Laden y otros de sus seguidores, ¿en qué tipo de corte serían juzgados? ¿Si se instala un tribunal internacional, en el futuro éste servirá también para intervenir en la resolución de conflictos en el Oriente Medio? ¿Cuáles serían las consecuencias políticas de un juicio público hacia las figuras más temibles del fundamentalismo islámico?

Según el derecho internacional público, nunca se demostró que Afganistán o Irak, como países, hayan estado involucrados directamente en los ataques del once de septiembre o en la producción masiva de armas químicas, por lo que su destrucción fue la señal clara de una guerra cultural contra el mundo islámico, que fácilmente puede extrapolarse a otras realidades consideradas, en el fondo, con desprecio y animadversión.

### **Las consecuencias colaterales**

Observando la anarquía en que está sumido Irak después de la caída de Hussein y sus elecciones parlamentarias, las consecuencias colaterales de esta guerra global contra el terrorismo también son totalmente negativas para los derechos humanos en países pobres. Primero, porque las prioridades presupuestarias de los Estados Unidos están en los gastos militares – se afirma constantemente que los 700 billones de dólares anuales de gasto militar son insuficientes – y en la reconstrucción doméstica del orgullo estadounidense que básicamente está orientada a la superación del desempleo y la recesión. Segundo, porque los montos de cooperación internacional en materia de desarrollo a través de USAID podrían ser drásticamente reducidos, hasta el extremo de sugerirse la clausura de esta agencia gubernamental, como ya lo propusieron muchos congresistas republicanos desde el año 2001. Tercero, los esfuerzos por recaudar dinero en beneficio de la erradicación de enfermedades tropicales y el Sida en África, ahora deberán pasar por una aprobación política e incluso militar, porque muchos países afectados por terribles epidemias son islámicos.

Los cambios en la política exterior no dejarán de estar estrechamente vinculados a estrategias militares en distintos hemisferios. Esto quiere decir que la guerra global contra el terrorismo equivale a tener en cuenta la posibilidad de manipular la oposición o el apoyo de muchos países hacia Washington, sin importar si son regímenes democráticos o autoritarios, sino cuán cerca están del *perfil terrorista*, o cuánta es la amenaza hacia el nacionalismo estadounidense, desechando la visión moderna de los

---

<sup>26</sup> Una justificación intervencionista desde el ámbito académico puede encontrarse en: (2004) Bluth, Christoph. “The British road to war: Blair, Bush and the decision to invade Iraq”; *International Affairs*, 80, 5, pp. 871-892.



derechos humanos como baluarte mundial.

La guerra contra las drogas en el área andina de América Latina, los grupos guerrilleros en Colombia o aquellos movimientos sociales susceptibles de armarse, quedarán atrapados dentro de un concepto que hace posible el ataque frontal de los Estados Unidos, y donde queda poco espacio para las negociaciones de paz porque el *terrorismo global* ha sido definido, de cualquier manera, como todo aquel enemigo del *amor propio estadounidense*. También es probable que el brindis de la victoria dure poco tiempo porque no parece ser viable reinstalar un régimen político integrador para Irak.

Si esto es así, tampoco será posible reestructurar el ejército para convertirlo en una fuerza exclusivamente defensiva y controladora del orden interno. La página *web* de *Global Security* cita declaraciones donde todo parece ser “frustrante pero no sorprendente que las cosas pasen de esta forma”. Al Pentágono no le queda otra opción política, sino afianzar el prejuicio terrorista en Irak y aguantar una guerra de guerrillas prolongada porque las tropas anglo-norteamericanas son el enemigo y la mentira constante para el ciudadano común iraquí.

### **Estados Unidos y su gran deuda con la humanidad: democracia y derechos humanos**

Con la llegada de una nueva gestión presidencial al mando de Barack Obama, los Estados Unidos no solamente tienen desafíos específicos para superar una grave crisis económica de desempleo y caos financiero, sino también la necesidad de reorientar por completo su política exterior. En este caso, la retirada progresiva de las tropas de Irak representa un factor que no requiere demasiadas previsiones porque desde el punto de vista militar, los objetivos parecen haberse alcanzado: en primer lugar, se obtuvo el derrocamiento del dictador Sadam Hussein; en segundo lugar se logró controlar la insurgencia urbana con el propósito de fomentar acuerdos parlamentarios que garanticen las elecciones democráticas con regularidad y, sobre todo, Estados Unidos está comprobando que el restablecimiento del orden interno en Irak radica en la salida de todas las fuerzas militares de ocupación para dejar que autónomamente puedan reconstruirse diferentes coaliciones o pactos estratégicos entre los grupos étnicos y partidos políticos.

Lo que el gobierno de Obama todavía no está en condiciones de responder es cómo los Estados Unidos van a reconciliarse con el mundo entero a partir del restablecimiento de valores universales como la protección de los derechos humanos, el ejercicio pleno del derecho a las libertades religiosas, así como está pendiente un compromiso para dejar de lado la tortura como el método para combatir el espionaje y la guerra global contra el terrorismo.

Incluso a pesar del cierre de Guantánamo a finales de enero de 2009, el presidente Obama se negó a que algunas fotografías sobre vejámenes practicados a más de 245

presos, sean publicadas con el siguiente argumento: “no se puede poner en riesgo a los soldados estadounidenses en Irak y Afganistán, pues al ser conocidas las fotografías, pueden explotar sentimientos antiamericanos muy fuertes”<sup>27</sup>. Esta concepción prioriza las estrategias militares y restringe nuevamente la posibilidad de reconciliación entre acusados y acusadores, además de admitirse implícitamente una conducta violenta de los Estados Unidos, justificando represalias por parte de los enemigos islámicos u otros opositores.

El círculo vicioso en este caso está completo: todos estamos en peligro pues los derechos mínimos están en riesgo, ya sea por estrategias de combate para derrotar al terrorismo, como por temor a conocer la verdad pues la publicación de pruebas y fotografías explicaría que los derechos humanos constituyen una ilusión, frente a los instintos de destructividad de cualquier persona que es capaz de justificar la venganza y la administración de justicia por voluntad propia solamente al interrogar los lados oscuros de su propia conciencia. La teoría de las relaciones internacionales hasta ahora no ha reflexionado sobre las consecuencias negativas de largo plazo que los Estados Unidos abrieron con las intervenciones militares en Irak y Afganistán; una situación que ahora sigue fuera de control.

La administración Obama heredó un conflicto de escala mundial que se relaciona con el absurdo regreso a aquellos patrones de la Edad Media donde se utilizaba la tortura con el propósito de reclamar soberanía y legitimidad política para reivindicar la defensa de un país contra las agresiones externas. Curiosamente, Estados Unidos destruyó su credibilidad internacional como modelo democrático, al confundir la guerra contra el terrorismo con la abdicación de los valores universales que brotan de la democracia moderna, fortaleciendo únicamente las justificaciones militares para atropellar todo tipo de derechos, inclusive al interior de su propio país.

Barack Obama no está dando señales decisivas para superar los abusos de Guantánamo y probablemente continúe malinterpretando las prerrogativas que tiene el uso de la violencia, frente a las amenazas de un ataque terrorista. En el fondo, la doctrina de los derechos humanos y las garantías constitucionales de una democracia liberal, continúan siendo instrumentalizadas por la racionalidad política de las élites militares que han decidido vincular directamente la legitimidad del presidente con la lucha en contra de un enemigo internacional como el terrorismo de Al Qaeda. Mientras la sociedad estadounidense siga pensando que se encuentra bajo una amenaza constante y exija una autoridad protectora, el presidencialismo de los Estados Unidos proseguirá con la violación sistemática de los derechos humanos, ganando, simultáneamente, apoyo electoral.

Después de la desaparición del Muro de Berlín en 1989 y el desmoronamiento de la Unión Soviética junto con los regímenes del socialismo de Europa del Este en 1991, se pensó que la mejor combinación entre libertades políticas y la capacidad para elegir un

---

<sup>27</sup> Cf. “Judging Guantánamo: the Court, Congress, and the White House”, in: [http://www.cfr.org/publication/11025/judging\\_guantanamo.html](http://www.cfr.org/publication/11025/judging_guantanamo.html), Council on Foreign Relations, 12 de enero, 2009, disponible.

gobierno por voluntad popular era el sistema democrático. Además, la democracia incorporaba valores adicionales que los gobiernos socialistas autoritarios no tenían: libertad de cultos como expresión espiritual que permite entender el mundo en una magnitud diferente al materialismo, libertad de asociación para constituir alternativas políticas por medio de diferentes organizaciones y partidos, así como un conjunto de garantías para proclamar libremente todo tipo de manifestaciones éticas, estéticas y científicas. El mundo entero celebraba el nacimiento de una nueva práctica en la década de los años noventa: la *experiencia de la libertad* que ponía en mutua determinación y correlación a la democracia y los derechos humanos como doctrina universal sin distinción de culturas, países o pasado histórico.

La democracia de los países industriales de Europa occidental, Estados Unidos, Canadá e inclusive Australia, se presentaba como la comprobación irrefutable de estabilidad política, prosperidad económica y, sobre todo, como el escenario por excelencia para la protección de los derechos humanos. Éstos alcanzaban un estatus prestigioso en las cartas constitucionales, escritas o consuetudinarias, que reconocían libertades plenas sin represión y con el aditamento del derecho a no ser oprimido por el propio Estado o por las estructuras convencionales y funcionales de la sociedad.

Si bien todos tenemos un papel que cumplir y un lugar que ocupar asignado por las estructuras sociales, la democracia y los derechos humanos surgían como la feliz simbiosis para proyectar una individualidad plena de ciudadanía, es decir, el *derecho a tener múltiples derechos*, así como fortalecer la sociedad civil entendida como la libre organización de iniciativas en diferentes clases sociales y visiones culturales, frente a cualquier abuso proveniente del Estado, concebido como el conjunto de instituciones que gozan del ejercicio monopólico del poder y la violencia con el control de la policía y las fuerzas armadas. Con la democracia, la represión estatal tiene límites y con los derechos humanos, el ejercicio del poder político y la violencia deben siempre estar sujetos a la Constitución para restringir cualquier exceso o tentación autoritaria.

La gran lección democrática de los derechos humanos tiene dos dimensiones. Por un lado se encuentra una ética universal donde todos los hombres y mujeres somos inviolables debido a nuestra cualidad humana; incluso si alguna persona cometiera un delito, el delincuente tiene derecho a un proceso judicial donde se compruebe su culpabilidad y se le dé la oportunidad de rectificar los daños de su conducta delincencial cumpliendo una sentencia y gozando del derecho a reinsertarse en la sociedad. Por otro lado, los derechos humanos recuerdan que las instituciones políticas deben garantizar dichos derechos. La garantía de un derecho queda establecida mediante otra norma que instituye mecanismos destinados a prevenir la violación de los derechos. Una garantía es una protección y las garantías constitucionales equivalen a establecer barreras interpuestas entre el poder estatal y la libertad de los ciudadanos. Esta red de garantías funciona mejor al interior de una democracia que reconoce precisamente un *Estado de derechos*.

Estados Unidos desencadenó una crisis que atenta los derechos humanos desde la invasión a Irak el año 2003. La amenaza de un ataque similar al 11 de septiembre en

Nueva York y Washington D.C. hizo que el gobierno del ex presidente George W. Bush utilice la represión indiscriminada para combatir un terrorismo que se convierte en un *actor no estatal*. Estados Unidos entiende la guerra como el instrumento más eficaz para derrotar al terrorismo pero a condición de agredir múltiples soberanías estatales. La soberanía estadounidense se coloca en un espacio político donde el Estado de derecho desaparece para reproducir la violencia mientras quede comprobada una guerra internacional en la cual el terrorismo sobrepasa varios Estados del mundo.

Esta red de miedos frente al terrorismo fomenta la defensa militar de los Estados más fuertes, marginalizando los derechos de los Estados más débiles y, por lo tanto, inhabilitando el funcionamiento de los equilibrios democráticos con la participación de organismos internacionales como las Naciones Unidas. Estados Unidos junto a sus aliados en Irak y Afganistán han endurecido la violencia estatal, para lo cual no hay justificación política desde la teoría de los derechos humanos.

Es importante diferenciar entre la actitud de los Estados Unidos antes del 11 de septiembre y después de esta trágica fecha. Los Acuerdos de Dayton propiciados por Bill Clinton en 1995 fueron muy importantes para finalizar la brutal guerra en los Balcanes. En aquel entonces, Estados Unidos había declarado por intermedio de su Departamento de Estado que no estaba dispuesto a convertirse en el “policía internacional” que ponga orden ante las agresiones internacionales a los derechos humanos. Esta conducta tuvo que flexibilizarse para intervenir progresivamente en 1999 con motivo de la crisis en Kosovo y la guerra civil en Somalia; sin embargo, Clinton decidió priorizar la bonanza económica al interior de su país. Asimismo, se dejaba pasar como un dato económico de la realidad, la presencia de inmigrantes cuya legalización exigía mayor tiempo y acuerdos bilaterales entre los Estados Unidos y varios países de América Latina.

Los cambios verdaderamente dramáticos comenzaron después de los ataques del 11 de septiembre. Algunas versiones afirman que tanto la Agencia Central de Inteligencia (CIA) como el Buró Federal de Investigaciones (FBI) conocían las amenazas y el movimiento internacional de Al Qaeda pero subestimaron la ferocidad con que fueron destruidas las torres gemelas del *World Trade Center*. A partir de aquí, el grupo palaciego de George W. Bush: su vicepresidente, el director de la CIA, el secretario de defensa y los principales comandantes del Pentágono, tomaron la drástica decisión de apartar cualquier formalidad jurídico-legal para planificar una venganza contra Osama Bin Laden – el artífice de los ataques del 11 de septiembre – así como para invadir Irak y forzar una nueva correlación de fuerzas internacionales en el Medio Oriente.

Desde diciembre de 2002 hasta la actualidad, los Estados Unidos han readaptado el uso del Estado de derecho a los requerimientos políticos de la guerra contra el terrorismo. El hecho clave radica en que conscientemente asumieran la imposibilidad de cumplir con las Convenciones de Ginebra, mientras los terroristas sean parte de un actor no estatal convencional. El carácter fluido y movable del terrorismo hizo que la tortura, el espionaje y la violación de la soberanía en otros Estados vinculados con Al Qaeda, obedecieran a un *sacrificio* para restablecer el orden y la seguridad. De igual



manera, hoy se persigue a los inmigrantes indocumentados con el argumento de defender la legalidad y el orden interno pero ocultando el resurgimiento de un Estado gendarme cuyo poder quedó sobredimensionado por la guerra contra el terrorismo islámico.

Los Estados Unidos sacrificaron la teoría de los derechos humanos por temor a sufrir nuevos ataques, mientras que los terroristas islámicos reivindicaron un credo religioso como otro sacrificio todavía más grande para alimentar la resistencia frente a las agresiones estadounidenses. Este círculo vicioso que gira del sacrificio pragmático al fundamentalismo religioso cerró las puertas al entendimiento internacional que descansa en los convenios de las Naciones Unidas y la defensa primordial de los derechos humanos. Se mata, arresta, tortura, secuestra y se suspende todo proceso legal, mientras los Estados Unidos y el terrorismo como actor no estatal persistan en una guerra donde todo acto violento es razonable a favor de una concepción militarista del sacrificio institucional (la razón de Estado) o del sacrificio religioso (Jihad). En ambos casos hubo una regresividad de por lo menos cincuenta años.

El *Patriot Act* representa el intento por legalizar la racionalidad del Estado en guerra pero junto con el apoyo electoral de la sociedad civil. La reelección de George W. Bush en el año 2004 mostró que el inconsciente colectivo estadounidense ansiaba la destrucción del mundo islámico y la aniquilación del terrorismo. Por lo tanto, el ejercicio de la violencia dentro de un régimen democrático y en medio de un sistema internacional afiliado a las Naciones Unidas donde, supuestamente, la gran mayoría se autodefine como Estados de derecho, choca contra los derechos humanos con dos implicaciones terribles.

Primero, se puede espiar y hacer uso de la violencia dentro de los Estados Unidos como el correlato de la violencia contra otros Estados que en la actualidad son Irak y Afganistán. Segundo, al violar las libertades constitucionales y detener a un sospechoso de terrorismo infligiéndole la tortura para obtener testimonios militarmente estratégicos, los Estados Unidos han convertido a la política democrática en una hipocresía, desacreditando a la misma democracia como un sistema de gobiernos más superior, tanto institucional como procedimentalmente.

Con las limitaciones a las libertades políticas y constitucionales del *Patriot Act*, parecen volver a crearse las condiciones de la Guerra Fría cuando entre 1945 y la caída del Muro de Berlín en 1989, el mundo estaba polarizado entre dos mitades, cada una de las cuales reivindicaba su propia supremacía: el capitalismo como el sistema económico más eficiente y democrático, y el socialismo como el régimen más igualitario e identificado con el verdadero pueblo. Ambos sistemas tenían un doble estándar moral: un discurso atractivo de derechos para el concierto internacional y una actitud política intolerante de represión contra la disidencia interna que fue más violenta en la Unión Soviética pero que afectó también a los Estados Unidos durante la época del Macarthismo.

El *Patriot Act* se rebela en contra de la democracia como valor universal porque

condena el terrorismo reinstalando la intransigencia religiosa en contra del Islam, y enardeciendo la descalificación violenta de los valores democráticos occidentales por parte de aquellos que son víctimas del *Patriot Act*. El resultado es una gran deuda pendiente que los Estados Unidos han contraído con la humanidad, donde los derechos humanos deban priorizarse.

La tortura comprobada hacia los detenidos políticos, acusados de pertenecer a la red internacional Al Qaeda, muestra un hecho muy curioso: el renacimiento de la política teológica de la Edad Media. La tortura fue practicada por los viejos regímenes monárquicos donde se defendía la soberanía del rey quien controlaba y era dueño del cuerpo del sujeto torturado. El rey tenía una presencia sagrada, razón por la que una tortura era vista como ritual de destrucción y posesión del cuerpo de la víctima.

Con el advenimiento del Estado moderno, la soberanía ya no descansa en el rey sino en el pueblo y sus derechos democráticos; sin embargo, los Estados Unidos no abandonaron la tortura como método para ejercer el poder. El torturado de Guantánamo sigue ante la presencia de una autoridad soberana, el Estado, que reconstruye la violencia política con un ropaje democrático e inclusive permitiendo que se organicen campañas dentro de los Estados Unidos para cerrar esta cárcel que se transformó en el símbolo de oprobio para los derechos humanos<sup>28</sup>.

El gobierno de Obama se comprometió a cerrar la prisión en un año pero la escalada de la guerra contra los talibanes en Afganistán y la persecución a los líderes de Al Qaeda, siembran dudas sobre cómo actuarán con nuevos prisioneros. Estados Unidos debe abandonar la idea medieval de defender su soberanía como si fuera un bien divino, reconociendo sus errores al haber olvidado en la pobreza y despreciado aquellos Estados que se valen del Islam como el último recurso para proteger sus identidades conflictivas y sus derechos a los beneficios materiales de la modernidad.

### **Conclusiones: el horizonte de los testamentos traicionados**

La falta de un criterio coherente para reconstruir Irak afectará enormemente las antiguas estrategias de *intervención militar por razones humanitarias*, similares a las operaciones llevadas a cabo por la OTAN y los Estados Unidos en los Balcanes y África del Este. Si antes de la guerra global contra el terrorismo, la intervención humanitaria consideraba plausible romper toda soberanía estatal para evitar masacres, ahora las intervenciones militares de carácter humanitario perderán total credibilidad porque todo estará sujeto a una agresividad mayor.

Es altamente posible que, inclusive, pueda utilizarse el argumento de intervención humanitaria para disfrazar acciones antiterroristas y desarrollar sutiles guerras de baja intensidad en función de controlar la proliferación de armas nucleares. Estas

---

<sup>28</sup> Ver el excelente estudio desde la teoría del derecho y la crítica política: (2008) Kahn, Paul W. *Sacred violence. Torture, terror, and sovereignty*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

distorsiones borran todo criterio humanitario condenando a muchas poblaciones civiles a los abusos de una diplomacia liderada por criterios estrictamente militares.

Lo que no parece dejar dudas es la intransigencia maquillada de política militar a escala universal, y una hábil combinación o nefasta convivencia entre la simplista política exterior de las élites políticas y militares estadounidenses, y algunas gigantes compañías de medios de comunicación que apoyan la guerra, sin el más mínimo sentido crítico o preventivo para evitar mayores catástrofes y preservar la concepción de los derechos humanos.

Lo único que Estados Unidos consiguió se expresa en un conjunto de féretros que guardan cadáveres y arruinan la posibilidad de futuros entendimientos. El féretro, aunque esté bien hecho, por más lujoso que luzca o por más caro que cueste, no evita que el muerto se pudra, pues la descomposición de todos modos carcomerá la carne, huesos y rendijas. En esto, la campaña antiterrorista estadounidense se parece, como siempre, a un gran negocio de sepulturas que endiosan ataúdes y gastan millones en maquinaria bélica pero que son inútiles para controlar la podredumbre y representan un desprecio en la interpretación de los derechos humanos; la teoría del *eje del mal* utilizada por Bush, no solamente expandió la lista de terroristas hacia Corea del Norte e Irán, pues dio paso a que otros países afectados por turbulencias políticas identifiquen a sus opositores automáticamente como terroristas susceptibles de aniquilación.

Rusia continúa manipulando de manera muy instrumental el cese de cualquier negociación con los rebeldes en Chechenia. La república de Georgia aceptó la llegada de fuerzas militares americanas para aplastar al movimiento separatista en Abkhazia y la región de Pankisi, y Colombia se esfuerza por modificar varias restricciones en Washington D.C. para aumentar la ayuda militar y el financiamiento que estaba destinado solamente hacia la lucha antidrogas pero que ahora se convierte en un perpetuo estímulo de guerra contrainsurgente para liquidar a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). El *Plan Colombia* y la administración estadounidense de cinco bases militares a partir de noviembre de 2009, constituyen una contradicción horrenda para alimentar a las FARC, vivir de la guerra hacia éstas y poner en bandeja de plata el festín de millones de dólares con el narcotráfico.

Aquellos análisis que en un primer momento apoyaban la campaña militar de Estados Unidos bajo el argumento de una “defensa sin cuartel en favor de la democracia y la libertad”, como lo señaló el escritor peruano Mario Vargas Llosa, ahora son inservibles. Líderes autoritarios como Vladimir Putin de Rusia y el ex caudillo en Georgia, Eduard Shevarnadze, identificaron a sus opositores como terroristas islámicos sin ninguna duda, motivo suficiente para ejecutar acciones violentas asociadas con arbitrarias consideraciones sobre seguridad nacional. Asimismo, Israel y Palestina jamás alcanzarán la tan difundida *hoja de ruta de paz* mientras ambos se consideren mutuamente como Estados terroristas.

Más allá de las teorías sobre el imperialismo, hoy día, todo gobierno sea democrático o autoritario, puede utilizar al terrorismo como argumento suficiente para crear

escuadrones militares especiales e inventar millones de excusas con el único propósito de intimidar y barrer con las fuerzas políticas de oposición.

La democracia, junto a su consolidación como sistema global, es víctima de un ridículo retroceso. Ya no interesa cuán democrático sea un líder, sino cuánto poder demuestre por medio de una cruel lógica de amigo y enemigo, terrorista y aliado.

Hasta ahora, este es el tétrico legado de la guerra global contra el terrorismo, herencia fatal de una cultura del féretro fuertemente afincada en Washington D.C. Ésta demuestra ser muy maleable, pues un ataúd puede ser utilizado para enterrar muertos y esconder secretos bajo tierra, para ocultar corrupción, confabulaciones y las más bajas pasiones que comprometen a muchas élites políticas y militares en los Estados Unidos.

La cultura del féretro se muestra tal como es. Como otra cara en el manejo del poder norteamericano, un hecho nada nuevo pero sí profundamente primitivo, muy difícil de cambiar y frente al cual los derechos humanos como doctrina universal se disuelven; por último, si bien es cierto que moral sin política no es moral, una política sin derechos humanos definitivamente llegará a ser una perversión política y la destrucción de lo poco rescatable de la modernidad.

Pobreza global, violencia globalizada y callejones sin salida son la marca de este siglo; ¿es posible ir más allá del mercado y la globalización? Alrededor de esta pregunta giran otras sobre el mismo sentido de la vida y la necesidad de cambiarla, esto permite explicar por qué la gente es atraída por creencias trascendentes como la religión y las promesas de un más allá donde todo se reconcilie para avanzar hacia un feliz equilibrio o hacia un mundo pacífico.

Súbitamente, también un sentido trascendente renació en distintas sociedades con muchas personas declarando efusivamente su adscripción a algún credo religioso; sin embargo, todo se trata de una enorme contradicción, pues el temor de una catástrofe nuclear o las amenazas de una guerra química también despertaron los deseos de destrucción más inverosímiles que traicionan cualquier sentido de confraternidad a escala mundial.

Algunos reportes periodísticos atestiguan que el número de feligreses en casi todas las iglesias se incrementó después de los ataques terroristas en los Estados Unidos e Inglaterra. Tanto católicos, protestantes, judíos, musulmanes como alguna secta de inspiración budista, de pronto convocaron a una renovación espiritual, a cambiar el sentido de la vida y orar para que el infierno no aparezca súbitamente en cualquier lugar de la tierra. Muchos sermones defienden la paz y el valor de una sana convivencia pero ninguna religión es capaz de evitar los feroces bombardeos en Irak, Afganistán, Somalia, o la franja de Gaza.

El sacudón emocional y el horror de saberse vulnerables provocaron una terrible mezcla de sentimientos nacionalistas y religiosos donde es casi imposible recuperar un



sentido humanitario en este mundo globalizado. En el fondo, no interesa cuán convencidos estén los creyentes de su fe o cuán valiosa sea la escala de valores detrás de sus libros sagrados, sino cómo las instituciones religiosas contribuyen a apaciguar el miedo, para después justificar también el derecho a defenderse por medio de acciones militares y olvidarse totalmente de las injusticias que el mercado comete.

Así no hay posibilidad de reconciliación o perdón porque los creyentes declararán al unísono que la guerra contra el terrorismo y la globalización son justos y a su vez, necesarios. La vieja y más simple sentencia religiosa también reapareció: sangre contra sangre y ojo por ojo. Al otro lado de la cerca, los musulmanes de origen estadounidense se esfuerzan por convencer que el Corán es fuente de paz y se turban completamente cuando son forzados a compatibilizar su religión con una identificación patriótica.

Patria, religión, orgullo, dominación y escarmiento se levantan entre las cenizas y el desierto de Afganistán e Irak que están siendo pulverizados. Repentinamente parece que todos hemos retrocedido hasta el siglo XVI, a la purga ideológica de contenido religioso, al terror por la blasfemia y a la comprobación de que nunca podremos convivir juntos en este mundo donde la mayoría se esfuerza por mirar de frente al infierno y al sufrimiento perpetuo.

El pánico desatado por la posibilidad de una guerra química o epidemias devastadoras, agita todavía más el avispero. Personas religiosas y todo tipo de no creyentes, cada día otorgan apoyo masivo a las campañas militares y las políticas de comercio exterior desiguales que ejecutan los Estados Unidos y otros países ricos. A esto hay que sumar el intenso tono de los medios de comunicación, especialmente en la televisión donde todo se inclina hacia la exageración y a una repetición enfermiza de información contradictoria y deshumanizada que refuerzan una peligrosa dirección: todo está consumado.

Muchos analistas afirmaron que después del once de septiembre recién terminó la Guerra Fría y que los conflictos del Oriente Medio aumentarán la ejecución masiva de intervenciones militares. Estas consideraciones no son más que una discreta apología de la hegemonía estadounidense basada en la fuerza y la imposición. Completamente todos los asesores del Departamento de Estado lamentaron que los Estados Unidos hayan suavizado su papel militar alrededor del mundo después del colapso comunista. Por lo tanto, sea el final o comienzo de guerras frías o calientes, lo que sí queda claro es que este nuevo siglo XXI ineludiblemente globalizado, una vez más se ve incapacitado de alcanzar los valores mínimos para una convivencia humana, pacífica, benevolente y solidaria, frente a lo cual la erupción de sentimientos religiosos no es más que el hallazgo de cachivaches mefíticos donde la Biblia, el Corán u otros libros considerados sagrados, solamente representan un puñado de testamentos traicionados y donde las posibilidades de identificar alternativas, hoy día son casi inexistentes.

El panorama está muy ambiguo: escarnio, irracionalidad y pulsiones para imponer la lógica del poder militar, siguen siendo una marca profunda en la política exterior de los

Estados Unidos. En medio del desastre financiero del año 2008, la aprobación del paquete de estímulo económico que el presidente Barack Obama logró en el Congreso en junio de 2009, sin duda fue un triunfo personal y el primer paso decisivo para solucionar la profunda crisis económica. Se trata de 787 mil millones de dólares, una cifra inimaginable desde el punto de vista de la teoría de libre mercado pero un monto real que tiene el propósito específico de generar fuentes de empleo, invertir en infraestructura, viabilizar redes de protección social mediante proyectos de salud y educación, así como establecer las señales más fuertes sobre el regreso de un control estatal riguroso que gobierne los destinos de la estructura financiera en *Wall Street*.

Estas medidas fueron intensamente discutidas durante la campaña electoral de 2008 y Obama logró convencer a la gran mayoría que el regreso del Estado a los patrones de planificación, regulación y vigilancia política en los sectores estratégicos de la economía y la seguridad social, sintonizaba muy bien con las expectativas de millones de ciudadanos que no solamente habían perdido sus trabajos, sino que buscaban desesperadamente retomar la confianza en la política. Si bien la sociedad estadounidense siempre defendió la iniciativa privada y la libertad económica para impulsar todo tipo de inversiones, también se dio cuenta de que la economía es el reino de la *desigualdad estructural*.

El regreso del estatismo, sin embargo, es un proceso todavía ambiguo porque las medidas económicas no responden aún a la otra crisis de valores democráticos con que el Estado tropezó al declarar la guerra contra el terrorismo; esta crisis se expresa en el abuso político y la interpretación arbitraria de la diplomacia preventiva o anticipatoria (*preemptive diplomacy*), que en el fondo significaba adelantarse a las estrategias del enemigo a costa de diseminar prejuicios y estereotipos sobre las culturas y los países diferentes, a los cuales se identificaba como interlocutores inferiores a la luz de una política exterior dominante y militarmente efectiva.

El ex presidente George W. Bush exasperó el nacionalismo impulsando un Estado demasiado fuerte al concentrar poderes excesivos para el presidencialismo. Obama prefirió otra lógica política: actuar de inmediato en contra de los dogmas económicos de mercado y fiel a las esperanzas de la sociedad civil que exigían mayor protección estatal.

La intervención estatal de Obama fue para evitar una hecatombe social y se convirtió en una decisión crucial con la finalidad de reconstruir el liderazgo presidencial, el cual también pueda recobrar respeto y mayor legitimidad como el eje de una estructura democrática que se preocupe por el bienestar igualitario de todos los ciudadanos.

Un problema persistente radica en que Obama todavía no ha repuesto la confianza de la ciudadanía sobre los valores universales de la democracia como el respeto de las libertades, un proceso judicial abierto y racional para cualquier persona, incluidos los terroristas. La intervención económica con 787 mil millones de dólares debe, necesariamente, complementarse con un agresivo compromiso con la democracia de equilibrio de poderes, la protección de los derechos humanos y el impulso de la

igualdad en la distribución de la riqueza. Pero esto, simplemente es imposible después de observar cómo Obama escaló la guerra en Afganistán al enviar 30 mil soldados a comienzos de diciembre de 2009.

Reducir la ambigüedad en el regreso del estatismo que ejecutó Obama, simultáneamente implica una determinación para transmitir a la comunidad mundial la imagen de otro Estados Unidos, que también esté interesado en fomentar el comercio justo y una racionalidad donde definitivamente puedan ser derrotados los dogmatismos. Así, probablemente Obama ofrezca soluciones heterodoxas y, ciertamente, más humanas.

Lo cierto es que la globalización como radicalización de la modernidad, no solamente profundizó las contradicciones y los conflictos internacionales, sino que también muestra cómo la realidad va superando y destruyendo los enfoques tradicionales que todavía imperan en las diferentes teorías de las relaciones internacionales. Hoy día, cualquier certidumbre teórica se convierte en un puñado de arena que desaparece rápidamente con el viento.

## Bibliografía

(1989) Arndt, H.W. *Economic development: the history of an idea*, Chicago: University of Chicago Press.

(1999) Banco Interamericano de Desarrollo. *América Latina frente a la desigualdad. Informe sobre el Desarrollo Económico y Social en América Latina y el Caribe 1998-1999*, Washington D.C., BID.

(2000) \_\_\_\_\_. *Desarrollo más allá de la economía. Informe sobre el desarrollo económico y social en América Latina y el Caribe 2000-2001*, Washington D.C.: BID.

(2004) Bluth, Christoph. "The British road to war: Blair, Bush and the decision to invade Iraq"; *International Affairs*, 80, 5, pp. 871-892.

(2000) CEPAL. *Panorama social de América Latina 2000-2001*, Santiago de Chile: CEPAL.

(2001) Easterly, William. *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, Cambridge, MA: MIT Press.

(1995) Escobar, Arturo. *Encountering development. The making and unmaking of the Third World*, New Jersey: Princeton University Press.

(1993) Giddens, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza Editorial.

(2001) Grindle, Merilee. "Despite the odds: the political economy of social sector reform in Latin America"; John F. Kennedy School of Government, Harvard University, Faculty Research Working Papers, RW P01-021, January.

(2002 ) Hardt, Michael and Negri, Anthony. *Empire*, Cambridge: Harvard University Press.

(2008) Kahn, Paul W. *Sacred violence. Torture, terror, and sovereignty*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

(1992) Levite, Ariel E., Jentleson, Bruce W. and Berman Larry (ed.). *Foreign military intervention. The dynamics of protracted conflict*, New York: Columbia University Press.

(1997) Londoño and Székely. "Pathways to growth: comparing East Asia to Latin America, IADB, Working Paper, Washington D.C.

(2000) McMichael, Philip. *Development and social change. A global perspective*, California: Pine Forge Press.

(1994) Mires, Fernando. *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*, Caracas: Nueva Sociedad.

(2000) Narayan Deepa et. Al. *Voices of the poor. Can anyone hear us?*, Washington D.C.: Oxford University Press, The World Bank.

(2001) Programa de Promoción de la Reforma Educativa en América Latina. *Quedándonos atrás. Informe sobre la educación en América Latina*, Washington D.C.: PREAL-Diálogo Interamericano, noviembre.

(2003) Rey de Marulanda, Nohra and Guzmán Julio. *Inequity, human development and social policy*, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington D.C.

(1995) Stallings, Barbara (ed.). *Global change, regional response. The new international context of development*, New York: Cambridge University Press.

(2002) Stiglitz, Joseph E. *El malestar en la globalización*, Madrid: Taurus.

(2004) Vargas, Llosa, Mario. "El futuro incierto de América Latina"; *La Razón*, La Paz, 28 de noviembre, p. A-7.

"Iran's nuclear ambitions. Now it gets sticky"; May 14th 2005, from *The Economist* print edition, pp. 47-52.

"Turkey and the European Union. Mountains still to climb"; May 14<sup>th</sup> 2005, from *The Economist* print edition, pp. 53-54.



[www.bbc.co.uk](http://www.bbc.co.uk), disponible.

[www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org), disponible.

[www.nytimes.com](http://www.nytimes.com), disponible.

[www.washingtonpost.com](http://www.washingtonpost.com), disponible.

[www.online.wsj.com](http://www.online.wsj.com), disponible.

[http://www.cfr.org/publication/11025/judging\\_guantanamo.html](http://www.cfr.org/publication/11025/judging_guantanamo.html), Council on Foreign Relations, 12 de enero, 2009.

